

Quique Tavernini



# ITAHISA DE ATLANTIS

La historia que no nos contaron

# ITAHISA DE ATLANTIS

---

Título original: Itahisa de Atlantis

Copyright: Quique Tavernini, 2011

ISBN: 978-9974-98-740-1

Ilustraciones: Itahisa López

Tercera Edición, e-book, Ediciones de la Txalupa, Diciembre 2015

# RECONOCIMIENTOS

---

Esta obra es el resultado de una elaboración colectiva.

Durante tres años, más de treinta amigos han acompañado su larga gestación, aportando observaciones, revisando detalles y criticando las numerosas desatenciones y omisiones del autor.

Algunos contribuyeron desde las impresiones personales de su lectura, otros lo hicieron desde sus saberes. Pero todos colaboraron en que esta historia resultara mejor contada.

A ellos, mis apreciados revisores y cómplices en esta aventura, mi agradecido reconocimiento.

Quique Tavernini, Julio de 2012.

# ADVERTENCIAS

---

**Esta es una novela de ficción histórica.**

Situada en un pasado remoto de la humanidad, muy anterior a lo que conocemos como "historia". Por lo que puede no ser conducente aplicar pautas culturales modernas a su comprensión.

**Esta es una novela erótica.**

Que incluye variedad de escenas sexuales más o menos explícitas, en algunos casos fuera del marco de lo socialmente aceptable en términos modernos. En la sociedad que se describe, los jóvenes adquieren calidad de adultos con la pubertad.

**Esta es una novela de ficción científica.**

Que se sustenta en una colección de evidencias arqueológicas, antropológicas, geológicas, sociológicas, genéticas, paleo-teológicas y lingüísticas. Sin embargo, la posibilidad de que haya existido hace milenios una civilización como la que se describe es, en la actualidad, mayoritariamente descartada por los científicos.

**Esta es una novela filosófica.**

Algunos supuestos de esta historia pueden atentar contra certezas y cuestionar convicciones o valores éticos ampliamente extendidos.

# PRELUDIO

---

Esta cultura se interesaba y deleitaba en las maravillas naturales de este mundo.

Su gente no produjo armas letales, ni construyó fuertes en lugares inaccesibles, como lo hicieron sus sucesores, aun cuando dominaban la metalurgia ...

Este fue un prolongado período de extraordinaria creatividad y estabilidad, una era libre de enfrentamientos.

Su cultura era una cultura del arte.

[Marija Gimbutas](#), Arqueóloga Lituana, The Language of the Goddess, California, 1995

# PARTE UNO, INFANCIA

---

Mi nombre es Itahisa y fui adoptada en la ciudad Sexta de Atlantis.

Nací en Bosteko, en el Continente del Oeste, del vientre de Atissa, cuando se cumplían cincuenta y siete ciclos y siete años de nuestra era.

Mi madre Atissa fue una mujer sabia, admirada y respetada en Bosteko, ella me introdujo en la Religión y las Ciencias, hasta que tuve doce años.

Ella me puso por nombre Itahisa, que significa "la apasionada por las preguntas".

En la ciudad Sexta tuve la fortuna de ser adoptada por Haridian, cuando ella era Decana de Navegación. Así pasé a pertenecer al *Klan* de mi madre adoptiva Haridian, cuyo prestigio ya era grande en aquel tiempo, y años más tarde, devino en uno de los más importantes *klanak* de Sexta.

Desde muchos ciclos antes de mi nacimiento, la comunidad de las siete ciudades de Atlantis era la más numerosa, la más avanzada y la más poderosa de toda la Tierra.



El recuerdo más antiguo que tengo, es el nacimiento de mi primer hermano.

Yo tenía cuatro años. Mi madre Atissa me había explicado que mi hermano saldría de su panza. Aún recuerdo los gritos, los llantos y las risas en la habitación, donde no me permitieron entrar, hasta que el bebé besó los pechos de mi madre. Por eso a mi hermano le pusieron por nombre Jama, que significa "beso ya".

Cuando por fin se abrió la puerta y mis tías me hicieron pasar, vi los ojos y la sonrisa de mi madre, y vi a Jama, recién nacido, apoyado en sus pechos. Sabía que a partir de ese momento, por ser la mayor, debía cuidar de mi hermano.

Me invitaron a hacerle caricias. Yo estaba excitada y temerosa, pero me acerqué y toqué suavemente su cabecita. Entonces mi madre me ofreció un abrazo apretado. Y mis tías hicieron unas oraciones que no recuerdo, en agradecimiento a Ama, por regalarnos fecundidad.

Mi madre Atissa y mis tías, me enseñaron de niña a agradecer siempre a Ama, la Diosa Madre, por la belleza de la vida.

Nuestra Diosa principal es Ama, nuestra madre, la diseñadora y regidora de los cielos y la tierra, los animales y las plantas.



Entre mis más lejanos recuerdos también está la primera Fiesta de Elkar en la que participé.

La Diosa Elkar es la Diosa de la Comunidad. La Diosa Elkar es quien otorga la sabiduría, la unidad y el espíritu de grupo a nuestro pueblo.

En las fiestas de Elkar, los niños se disfrazan con sombreros altos y túnicas de adultos que llegan hasta el piso. Algunos usan *maskarak* que representan animales. Cada niño sale con un canasto de mimbre, llevando panes, frutas, juguetes, artesanías y adornos, que en los días previos los adultos ayudan a preparar. A veces también se incluyen en la canasta pequeños animales, como pollitos, perritos bebés o iguanas. Tras reunirse con los niños de las casas más cercanas, se inicia una recorrida por la ciudad, golpeando en cada puerta.

Los niños van transportando sus regalos y los utilizan para hacer trueque según lo que les ofrezcan. Así va cambiando el contenido del canasto durante el recorrido. Antes de la medianoche retornan a sus casas, enseñan a los adultos los regalos con los que se quedaron y la madre dirige una oración a Elkar, pidiendo fuerzas para que la familia pueda transitar felizmente el *negu*, los días finales y más fríos del año.

En aquella Fiesta de Elkar conocí a mi amiga Hagora.

Ella tenía las mejillas pintadas con círculos rojos, el cabello trenzado a los costados y una sonrisa enorme. Me pareció agradable y la saludé. Nos presentamos. Me señaló su *etxea* a unos dos campos de la mía, revisamos nuestros respectivos canastos de regalos, e hicimos juntas el recorrido. A la vuelta, le mostré mi casa y nos propusimos vernos al día siguiente.

Desde entonces nos hicimos amigas. Jugábamos con otros niños en la calle, ella venía a mi *etxea* con frecuencia y yo iba a la suya. Vilda, la madre de Hagora, admiraba mucho a mi madre Atissa y estaba contenta de que su hija pasara las tardes en mi casa. Hagora, que es la persona más buena que he conocido, también le resultó agradable a mi madre.

Al año siguiente, preparamos juntas los regalos de la fiesta de Elkar, y así lo hicimos durante muchos años de nuestra infancia en Bosteko.

Al cumplir los doce años, las dos emigramos a ciudad Sexta.



Lo primero que aprendemos los niños atlanteanos es la Religión.

La Religión guía nuestras vidas, dando las pautas para relacionarnos con la naturaleza y con nuestros hermanos. La relación con los Dioses nos hace fuertes desde el nacimiento hasta la muerte, y más allá de ella, al cruzar la Puerta que nos une a Ellos.

La educación religiosa es un deber de la madre con sus hijas e hijos. Ella debe introducirlos en la relación con los Dioses y en el conocimiento de las oraciones, el Calendario y las Fiestas.

Como ya dije, la Diosa principal es Ama, nuestra Madre, la diseñadora y regidora de los cielos y la tierra, los animales y las plantas.

Ama es la Diosa de la creación, la fecundidad, el amor y el poder. Nos encomendamos a Ama todos los días, al iniciar la jornada y en la noche, al disponernos a dormir.

Todas las personas somos hijas e hijos de Ama, y eso nos hace hermanos. Iguales ante ella.

La Tierra, el Cielo, los animales y las plantas son Creación de Ama, y por ello debemos cuidar y ser respetuosos de la Naturaleza. Hemos aprendido que la Divina Creación está comunicada, que las plantas necesitan de los insectos y de las aves para reproducirse, que los animales necesitan a las plantas para alimentarse y que a su muerte vuelven a dar alimento a las plantas. A su vez, todos dependemos del agua y del sol para vivir.

En todas las casas de Atlantis, en la proximidad del fuego con el que cocinamos, existe una representación de la Diosa Ama que puede ser: la mujer embarazada, la mujer que amamanta o la mujer que está pariendo. A menudo se acompaña la imagen de Ama con *Ilazki*, la Luna.





Entre los recuerdos más lindos de mi infancia están las salidas a caballo con mi madre Atissa.

Una vez al año, cuando la noticia se propagaba por las calles de Bosteko, partíamos al galope hacia las islas de arena. Unas franjas de la costa que durante el día se comunicaban con el continente, pero la marea nocturna las convertía en islas. Desde allí podía observarse un maravilloso espectáculo.

Aquel día, una multitud de mantarrayas llegaba a las costas de Bosteko, en tanta cantidad que era imposible abarcarlas con la mirada. En cuanto se acercaban una gran extensión del mar frente a nuestros ojos perdía sus tonos azules para adquirir un increíble color dorado. Un mar de mantarrayas en movimiento, temblando, agitándose como las hojas de un árbol.

Luego las veíamos ingresar en aguas poco profundas, asombrándonos de la elegancia con la que avanzaban tan cerca unas de otras, tiñendo la costa de amarillo.

Eran incontables. Según mi madre estimaban en treinta carreras la cantidad de aquellos extraños peces de enormes alas y colas terminadas en punta, que llegaban a Bosteko una vez al año. Unas pocas mantarrayas eran capturadas por las redes de los pescadores, para aprovechar su deliciosa carne y utilizar sus espinas en la fabricación de herramientas.



Con el tío Ahar hacíamos excursiones a los campos de cultivos en las afueras de la ciudad.

A los niños se nos asignaba la tarea de espantar a las aves y otros animales que se acercaban a comer las mazorcas. Entre ellos, los *huetxi*, unos armadillos de caparazón gris-amarillenta que corrían a gran velocidad a pesar de sus pequeñas patas. La forma de atraparlos era colocando un cebo bajo un cajón invertido, sostenido por un palo, que a su vez estaba atado a un hilo de varios pasos de largo. Muchas tardes pasamos con mi hermano Jama, ocultos en el maizal o trepados a un árbol, aguardando que los *huetxi* se acercaran al cajón para jalar del hilo y hacer funcionar la trampa.

A veces se nos permitía colaborar en la cosecha del maíz, el algodón o los frutales. Debíamos seguir las indicaciones del *maisú* y cargar un canasto que más tarde volcábamos en los silos. Desde allí los granos o las frutas eran transportados a los almacenes de la *Biltzara*, en el centro de la ciudad.

En todas las ciudades de Atlantis, la producción agrícola, así como la caza, la pesca, la leña, la cal, los aceites, las harinas, la sal y las grasas, son administradas por la *Biltzara*, el Consejo de Sacerdotisas.



Me encantaba ir con el tío Txoim a las partidas de caza, pero pocas veces me lo permitían, porque era peligroso.

En los bosques al sur de Bosteko proliferan los tapires, que son muy apreciados por su carne. Pero también los grandes gatos salvajes, como ocelotes, jaguares, pumas, tigres y leones. Y otras fieras como osos de cara aplastada y lobos. Mientras los adultos preparaban las trampas, los niños jugábamos a explorar y bañarnos en los cenotes.

Los cenotes son cavernas inundadas. Algunas tienen largas galerías subterráneas y otras son simples pozos de agua salobre y transparente.

En días cálidos era delicioso quitarse las ropas para zambullirse en aquellas frías aguas y nadar hasta alcanzar los lugares más recónditos de la caverna, en los que pese a la escasa luz, nos divertíamos intentando capturar grandes cangrejos grises de cuerpo alargado.



Con mi amiga Hagora y su madre Vilda solíamos ir a pasear por la playa. Ni las lluvias típicas del *uda*, la estación calurosa, ni los días más fríos del *negu*, nos impedían salir a disfrutar el hermoso paisaje de la costa de Bosteko, una extensa franja de arena blanca salpicada de palmeras y poblada por aves marítimas, garzas, flamencos y pelícanos.

En ocasiones nuestro paseo coincidía con los días en que las tortugas bebés salían de sus huevos en la arena para caminar torpemente hacia su primera incursión en el mar.

Con las tormentas se depositaban en la playa muchas cosas que llamaban nuestra atención, como tablones, redes de pesca y animales muertos.

Lo que más apreciábamos eran los caracoles. Hagora y yo teníamos nuestras respectivas colecciones y competíamos para encontrar los ejemplares más grandes o vistosos. Algunos de marcadas protuberancias y color rojo intenso, otros blancos ovalados con vetas marrones y unos muy raros de forma cónica, sobre la que ascendía en espiral una llamativa traza violeta.

Además de servir para mostrarlas a los amigos, nuestras colecciones eran importantes para hacer intercambio. Un caracol podía ser cambiado por otro, pero algunos de ellos eran bien apreciados en la Plaza de Intercambio en el centro de la ciudad. Más de una vez fui con uno de mis caracoles a la Plaza, para regresar con un abrigo de lana tejida, una colorida *brusa* de algodón o un par de sandalias.



La fiesta de la Diosa Ama es el primer día del año, que corresponde al momento en que los días empiezan a ser más largos que las noches.

La Fiesta de Ama se extiende por todo el día y toda la noche. Antes del amanecer, todos los hombres y mujeres parten hacia el campo ceremonial. También pueden ir los niños, pero deben mantenerse a un costado, como espectadores.

Los hombres, vestidos de blanco con cintos azules y rojos en los hombros o la cintura, forman dos hileras en forma de cruz. Una hilera en dirección Norte-Sur con los vivos azules y el otro brazo de la cruz con los colores rojos, de igual longitud pero perpendicular, en dirección Este-Oeste.

Entonces las mujeres más jóvenes, totalmente de blanco, forman un primer círculo alrededor del centro de la cruz. Luego se acercan las mujeres mayores y se disponen en un segundo círculo concéntrico, más amplio que el anterior, aunque no tanto como para alcanzar los extremos de la cruz.

Cuando este segundo círculo se ha completado, las Maestras y Profesoras, las Doctoras y las Sacerdotisas, tomadas de la mano, realizan una gran ronda, también concéntrica, hasta envolver completamente la cruz.

Esta figura de la cruz con los círculos alrededor de su centro, representa nuestra identidad, la Comunidad Atlanteana, los Pueblos del Mar. Es nuestra Bandera y está siempre dibujada, en tintas rojas o azules, sobre el fondo blanco de las velas de todos los barcos atlanteanos.

Entonces la Alta Sacerdotisa, que ha ordenado la Formación desde el altar, dirige las oraciones a Ama y las intenciones correspondientes al inicio del año, culminando con el saludo a las siete ciudades.

— LEHEN !

A lo que hombres, mujeres y niños, responden a coro:

— ATL - TANI - KA !

La Alta Sacerdotisa pronuncia el nombre de la ciudad segunda:

— BIKO !

Y todos responden: ATL - TANI - KA !

La tercera invocación:

— HIRU !

— ATL - TANI - KA !

— LAU !

— ATL - TANI - KA !

En mi recuerdo, el momento más fuerte de la ceremonia era éste. Cuando la Alta Sacerdotisa desde el altar hacía una pausa, antes de pronunciar el quinto nombre:

— BOSTEKO !

Al que hombres, mujeres y niños, respondíamos con las manos al cielo y con todas nuestras fuerzas.

— ATL - TANI - KA !

Faltando aún dos invocaciones para culminar el responsorio.

— SEXTA !

— ATL - TANI - KA !

— ZAZPIR !

— ATL - TANI - KA !

Con ello se da por finalizada la primera ceremonia de la Fiesta de Ama.

La Formación se desarma y todos marchan hacia los cultivos, donde tiene lugar una segunda ceremonia que da inicio a la temporada de siembra.

Al mediodía, de regreso a la ciudad, se realizan distintas entregas a la Diosa Ama. Se sacrifican y cocinan los mejores animales, los mejores panes, las mejores frutas y otros alimentos que fueron acopiados durante el año que ha culminado.

En la tarde, se disponen largas mesas en las calles y plazas y todos participan de la comida comunitaria. El banquete es acompañado de agua como única bebida, hasta la puesta del sol.

Al anochecer, se agregan al banquete las mejores preparaciones de cerveza, hecha con maíz fermentado. Al igual que en la Fiesta de Elkar, las calles se iluminan especialmente con fuegos en las esquinas y muchas lámparas de aceite. Con la cerveza en sus vasos, los vecinos se saludan y se desean lo mejor para el año entrante. En las plazas y algunas esquinas, los músicos preparan sus ritmos. Con la música da comienzo el baile.

El baile de la fiesta de Ama consiste en que cada hombre y cada mujer procuren bailar en pareja con todos y cada uno de los demás. Se trata de alternar compañeros de baile sin detenerse. Los músicos también deben alternarse, para que todos puedan tomar parte. Incluso los menores de doce años participan en el baile.

Y ya avanzada la noche, cuando los niños se han dormido, viene la última parte de la fiesta de Ama.

Cada mujer debe elegir a un hombre entre quienes han danzado con ella. La mujer lleva a su compañero a su casa y puede quedarse con él toda la noche, o retornar ambos a la fiesta para seguir bailando y escoger otro compañero.

Regresar o no a la fiesta depende de varias cosas. El amante procura complacer a la mujer y persuadirla de que se quede con él, aunque no siempre lo logra. Las jóvenes y también algunas mujeres mayores, suelen volver a la fiesta tres y cuatro veces hasta el amanecer.

El segundo día del año no se trabaja. Está consagrado al descanso.



Mi madre Atissa gustaba de hacer paseos también por las noches. Salíamos con Jama a caminar por las calles de Bosteko hacia el mar, hacia los palmares en cuyos claros había depósitos de sal marina, que relucían a la luz de la luna.

Ella nos enseñaba las estrellas, los conjuntos de estrellas llamados *izar-multzo*, que representaban animales u objetos en el firmamento nocturno. Allí nos señalaba la estrella más brillante de la *izar-multzo* de la Lira, que invariablemente nos indicaba el norte. Nos mostraba como todas las demás estrellas giraban alrededor de ella en el transcurso de una noche y nos pedía que identificáramos al Lucero y a otras estrellas que se diferencian de todas las otras, porque van cambiando su posición en el cielo nocturno.

También nos hablaba acerca de las estaciones, de cómo la altura del sol del mediodía va variando al transcurrir un año, definiendo cuatro momentos que guían todas nuestras actividades.



Las estaciones tienen una duración de tres lunas, o sea sesenta más treinta días. Cada año, nuestros astrónomos determinan el inicio de las estaciones, si es necesario agregando un feriado entre una y otra.

El año siempre comienza con la fiesta de Ama, que da inicio a la estación de la primavera, llamada *udaberrri*. El verano, (*uda*) se inicia con la fiesta del Dios Egu. La tercera estación siempre coincide con el momento en el que los días empiezan a acortarse, el otoño o *neguberrri*, el anuncio de que se acerca el *negu*, el invierno.

De modo que la estación que llamamos "el anuncio del verano", el *udaberrri*, transcurre desde el primer día del año, la Fiesta de Ama, hasta el día que el sol alcanza su punto más alto.

El verano, el *uda*, va desde la Fiesta de Egu hasta la mitad del año.

El anuncio del invierno, el *neguberrri*, desde mitad de año hasta la Fiesta de Elkar.

Y el *negu*, el invierno, transcurre desde la Fiesta de Elkar hasta fin de año.

Si bien el primer día de *neguberrri* es feriado, no existe una celebración colectiva. Es cuando las noches empiezan a ser más largas. Es un día dedicado a la meditación y el recogimiento. A veces se llama a este feriado el día de Egu Niño.

Ya he contado sobre la Diosa Elkar, la Diosa de la Comunidad. Elkar es la sabiduría, la unidad y el espíritu de grupo de nuestro pueblo. En nuestras casas, la Diosa Elkar se representa por un ave (un halcón o una paloma) o la estrella más brillante, el Lucero.

La Fiesta de Elkar es la fiesta de la Comunidad, en ella los protagonistas son los niños, golpeando de puerta en puerta, con sus canastos llenos de regalos.

El tercer Dios en nuestra Religión es el Dios Egu.

El Dios Egu es el hijo de Ama, es el Dios Niño y Hombre y se representa por el sol. Egu es el Dios de lo masculino: la Energía, el Calor y la Fuerza.

Cada año nace el Dios Egu Niño del vientre de Ama y cada año el Dios Egu Hombre se une con Ama para renovar el ciclo de la vida.

La Fiesta de Egu se celebra el día en que el sol está más alto, al inicio del *uda*.

La Fiesta de Egu transcurre desde el amanecer hasta el mediodía. En el Campo Ceremonial, todas las mujeres vestidas de blanco forman siete enormes rondas concéntricas. Cada ronda tiene una entrada, pero las entradas no están alineadas, sino desencontradas, alejadas unas de otras. Mientras las mujeres entonan cantos de celebración, los hombres, también de blanco, se colocan en una gran fila frente a la entrada del círculo exterior, que apunta hacia el Este.

A la salida del sol, la columna de hombres empieza a ingresar al primer círculo, el que deben rodear lentamente para encontrar la boca del segundo círculo, entrar en él y rodearlo buscando la boca de la tercera ronda.

Y así siguen recorriendo hasta completar el laberinto circular que las mujeres han dispuesto.



Hacia los seis años de edad, un niño debe saber contar del uno al sesenta. Suele utilizarse pequeñas frutas para enseñar a contar. Cada día mi madre colocaba una cantidad de nueces en un caparazón de tortuga que hacía de bandeja sobre la mesa y me pedía que contara la cantidad de frutos, sacándolos de a uno.

Luego que sabemos contar hasta sesenta, se nos enseña a sumar y restar cantidades. Vamos aprendiendo los múltiplos. Hasta que podemos contar hasta sesenta veces sesenta. Esta cantidad se llama carrera.

Con esta habilidad, podemos entonces empezar a medir. Lo primero que aprendemos a estimar son las distancias. La menor distancia que medimos se llama dedo y es aproximadamente el ancho de un dedo de la mano. Sesenta dedos hacen un paso y sesenta pasos un campo.

Como las personas tenemos dedos de distinto ancho, existen unas varas de madera de un paso de longitud, con las sesenta marcas indicadas para medir dedos. Estas varas se llaman pasos. Siendo engorroso medir grandes distancias con pasos, se utilizan unas cuerdas con sesenta nudos, cada nudo a un paso del otro, de modo que la cuerda bien estirada y recta mide un campo de largo.

Recuerdo que a la edad de seis o siete años, estando mi amiga Hagora de visita, mis tíos Ahar y Txoim, alegando excusas insólitas, nos pedían que utilizáramos las varas para medir cosas como la mesa, las puertas, el frente de piedras de la cocina. Con la cuerda debíamos evaluar anchos y largos de los jardines y las calles. Una tarde calurosa, el tío Txoim nos prometió a Hagora, a mi hermano Jama y a mí, una batida de frutas si dábamos la distancia correcta entre mi casa y la de Hagora. Tío Txoim nos hizo repetir la medición varias veces porque la cuerda no seguía una línea recta. Hasta que se dio por satisfecho y cumplió su promesa.

Años más tarde mi hermano Jama y yo colaboramos en los primeros aprendizajes de nuestros hermanos menores, Lore y Aitor, enseñándoles los primeros pasos en las Ciencias.



La mayoría de las casas atlanteanas, llamadas *etxeak*, están hechas de paredes de barro revestidas de cal. Las más antiguas tienen paredes de piedra, y en las más modernas los techos y pisos son de madera.

Normalmente tienen tres ambientes. El más grande, con puertas a la calle y al jardín, es donde se cocina, se come, se trabaja y se estudia. Este gran ambiente se llama hogar. Todas las casas tienen una cocina hecha de piedras, de unos dos pasos de frente, con chimenea también de piedra. El hogar es el lugar de reunión de la familia y suele tener una mesa larga, con bancos de madera. Las otras dos piezas son el dormitorio de la madre y el dormitorio de los niños.

El dormitorio de los niños es común para hermanos y hermanas hasta los doce años. No está permitido a los niños dormir en la cama de la madre. Ni siquiera a los bebés de leche.

Mi madre Atissa raramente dormía sola. Siempre se quedaban a pasar la noche con ella los tíos, unos días el tío Txoim, otras noches el tío Ahar, otras veces ambos, y frecuentemente otros tíos y tías cuyos nombres no recuerdo.

Una pequeña cabina de unos dos pasos de ancho es el baño, que está separado de la casa. Debajo del asiento de la cabina existe un pozo y a su lado un cajón con cal. Se vierte una pala de cal en el pozo luego de utilizar el baño. Durante los tiempos fríos, la cabina se utiliza también para bañarse con agua que se ha calentado en la cocina. En los días cálidos los atlanteanos nos bañamos en los ríos o en los cenotes, o directamente bajo la lluvia.

Saliendo hacia el jardín del fondo está la huerta, y más allá los terrenos compartidos y el pozo de agua, que también es compartido entre las dieciséis casas de cada campo.

Las *etxeak* en Bosteko y otras ciudades atlanteanas están agrupadas en campos. Los campos están delimitados por calles y de una esquina a otra hay sesenta pasos de distancia.



Cuando tuve nueve años, hice con mi madre el primer viaje a las Islas.

La noche anterior a la partida, ella me habló del viaje que íbamos a hacer y de cómo debía comportarme.

En Atlantis tenemos una isla principal, dos islas menores y el continente. En la isla principal están las ciudades de Lehen, Biko y Sexta. En el Continente del Norte está la gran ciudad de Zazpir. En una de las islas menores está la ciudad de Hiru donde nació mi madre Atissa. En el Continente del Sur está la ciudad cuarta, Lau. Y en el Continente del Oeste está nuestra ciudad, Bosteko.

Yo la escuchaba atentamente, pero ella, probablemente ante mi cara de confusión, tomó un gran paño de tela de algodón, lo puso sobre la mesa y con una barra de carbón empezó a trazar líneas. La miré sorprendida, mientras ella dibujaba más líneas en la tela. Luego de un rato, se detuvo, sonrió y me dijo:

— Está bastante mal, pero sirve.

— Qué es esto ? — Pregunté perpleja.

— Un mapa, Itahisa, un mapa de Atlantis.

Yo sabía lo que era un mapa, porque mis tíos Txoim y Ahar varias veces me habían dado mapas para ir a los almacenes de Bosteko o al puerto. Pero no lograba comprender lo que mi madre me mostraba. Entonces ella marcó un pequeño cuadro en una de las narices del dibujo y me indicó.

— Esto es Bosteko.

— Un punto ?



— Sí, Itahisa. Nuestra ciudad en este mapa se ve tan pequeña que es un punto. Como ves, aquí están las islas. Y en la Isla Principal, cruzando el mar, está la gran ciudad de Biko. En días despejados podemos ver desde nuestro puerto las montañas de Biko, verdad ?

— Sí, pero muy lejos, del otro lado del mar.

— Bien. Esa distancia que te parece tan grande se ve en este mapa muy pequeña. Ves en realidad qué cercano está Biko de Bosteko ? Es media jornada en barco. Ese es el viaje que haremos mañana. Pasaremos en Biko una noche en casa de tía Maite y al día siguiente temprano, embarcaremos nuevamente para hacer otro viaje, más largo.

— Más largo ? — Pregunté entusiasmada.

— Sí. Vamos a la ciudad tercera, a Hiru. Donde vive mi madre, tu abuela.

Mi madre Atissa continuó marcando puntos en el mapa, indicando la ubicación de las siete ciudades de Atlantis. Y siguió contándome sobre la historia y la gente de cada una de ellas. También señaló los grandes ríos en los continentes, que son remontados por los barcos atlanteanos en busca de minerales.

Me explicó que Lehen es la más antigua de las siete ciudades y la más prestigiosa por sus *Eskuelak*, sus edificios y su Consejo de Sacerdotisas, aunque no la más grande en población. Que íbamos a visitar la ciudad más grande de Atlantis, Biko, en el noroeste de la Isla Principal, que tiene una población de siete carreras. Y que la segunda en población es Zazpir, en el continente norte, con cinco carreras y media.

Nuestra ciudad es mucho más pequeña. En Bosteko vivimos algo más de dos carreras de personas. Sin embargo, no es la menor de las siete. La menor en población es Sexta, con algo menos de dos carreras.

Y que, sumando la población de las siete ciudades vivimos unas treinta carreras de atlanteanos. Es decir treinta veces sesenta veces sesenta.

Cuando hubo terminado, mi madre enrolló el lienzo y me pidió que lo guardara, como guía de viaje.



Mi madre Atissa ha visitado las siete ciudades de Atlantis y me ha contado historias de cada una de ellas. Pero no supo prevenirme de las cosas increíbles que pude ver con mis propios ojos en Biko al día siguiente



Nos despertamos muy temprano aquel día. Aún estaba oscuro cuando salimos hacia el puerto de Bosteko. Llevábamos bolsos con ropa y regalos para las tías y la abuela. Yo estaba nerviosa y a la vez contenta. Era la primera vez que iba a embarcarme y era mi primer viaje fuera de los alrededores de la ciudad.

En la *txalupa* había cuatro hombres y dos mujeres. Cada uno de ellos tenía un remo. Nosotras nos ubicamos a los costados del mástil, sobre varias bolsas de maíz que usamos de asientos. Mi madre me repitió varias veces que tenía que quedarme quieta en el centro del barco y así lo hice. A la salida del sol los remeros gritaron unas instrucciones que no entendí y partimos hacia Biko.

Había viento favorable, la vela con la infaltable Cruz Atlanteana se hinchó y solamente dos de los remeros debían mantener los remos en el agua para asegurar la dirección. El barco avanzaba rápido empujado por el viento, chocando las olas que mojaban mi cara de espuma salada.

En cuanto nos acercábamos a la ciudad, empecé a darme cuenta de lo enorme que era.

Lo primero que me impresionó fue la cantidad de *txalupak*. Conté dos veces sesenta barcos y aún no teníamos el puerto a la vista. Y cuando maniobramos hacia la entrada,

quedé impactada. Había tantos barcos que no pude contarlos. Los edificios brillaban al sol y en los muelles se veían muchísimas personas trabajando.

Algunos barcos remolcaban balsas, y sobre ellas troncos, piedras, o bolsas apiladas, pero nada comparable con el elefante.

En una balsa que llegaba con nosotros al puerto, había un elefante acostado, firmemente sujeto con cueros y sogas, de modo que apenas podía mover su trompa. La balsa crujía por el peso y daba la impresión que el elefante flotaba sobre el mar. Muchas veces había visto elefantes utilizados como fuerza de carga en el puerto de Bosteko, nunca uno transportado en una balsa. Mi madre me explicó que en la Isla Principal no nacían elefantes y que desde tiempos muy antiguos habían sido traídos desde el continente, en balsas arrastradas por barcos como estábamos viendo.

Los remeros recogieron la vela, nos fuimos separando del elefante que flotaba y nos aproximamos a uno de los muelles del puerto. Tantos barcos lo ocupaban que parecía imposible atracar, pero con gran habilidad los remeros hicieron retroceder el nuestro suavemente, hasta que la parte plana de atrás quedó tocando el muelle. Lanzaron cuerdas para que unos hombres desde tierra sujetaran la *txalupa*, hasta quedar inmóvil en las tranquilas aguas del puerto de Biko. Entonces desembarcamos.

Nos despedimos de los compañeros de viaje y caminamos tomadas de la mano por el puerto. Varios elefantes cargaban bultos, también caballos y llamas, había muchas palancas de carga maniobradas por varios hombres cada una. Aquí y allá montones de sal de varios pasos de altura, pilas de troncos, ánforas de aceite del tamaño de una persona, corrales con cabras y ovejas, depósitos de bolsas del tamaño de una casa, y mucha, muchísima gente.

En un barco diferente a los barcos atlanteanos, se estaban descargando unos extraños animales como osos pero con aletas en vez de patas. No conocía estos animales, pero eso no fue lo que me dejó atónita. Los hombres que descargaban aquellas piezas de caza eran sumamente distintos a todos los hombres que yo había visto en mis nueve años de vida. Me detuve a observarlos.

— Son focas. — Aclaró mi madre.

— Los hombres ? — Señalé.

— No, Itahisa, los animales. Los hombres son cazadores de focas.

Recordé que alguna vez había escuchado sobre los cazadores de focas. Sabía que vivían muy al norte en el continente, en el mar congelado. Pero no me habían dicho que eran tan, pero tan pequeños, que su cabello era tan oscuro y que sus ojos eran tan cerrados que parecía que simplemente no tenían ojos. Tampoco tenían barba. El mayor de aquellos hombrecitos era de mi altura.

— Pero ... son niños ?

— No, Itahisa, son adultos.

— Son adultos ? Y por qué son tan chicos ?

— Porque así son los cazadores de focas.

Me causó gracia y me reí de aquellos hombres pequeñitos.

— No tienes que reírte de ellos.— Advirtió mi madre endureciendo su voz.

— Pero ... es que no crecen más que un niño ?

— No. Ellos son así, Itahisa.

En ese momento uno de los cazadores de focas pasó por al lado nuestro, efectivamente era más bajo que yo y apenas llegaría a los codos a mi madre. No podía salir de mi asombro.

— Itahisa. Tienes que entender que como existen perros de distinto tamaño, tortugas de distinto tamaño y osos de distinto tamaño, también entre los hombres hay diferencias.

— Pero ... casi no tienen ojos ... ven igual ?

— Claro que ven. Perfectamente. Igual que nosotros. Son hombres, igual que nosotros. Ellos vienen del otro lado de la Tierra, de un continente que se llama Asia. Ellos son hijos de Ama, igual que nosotros y por lo tanto nuestros hermanos.

Aunque yo seguía sin dar crédito, mi madre dio por suficientes las explicaciones y tiró de mi mano para continuar el camino. Por un rato seguimos en silencio.

— Del otro lado de la Tierra ? — Pregunté finalmente.

— Claro.

— Debajo de los mares ? — Insistí.

Mi madre se detuvo. Me miró fijamente un instante. Luego recorrió el muelle con la mirada y, abruptamente, cambió de dirección. Dimos unos pasos para acercarnos a una pila de sandías. Hizo un gesto a las personas que cargaban las frutas en canastos a lomos de unos caballos. Tomó una sandía y la apoyó en el piso.

— Itahisa, quizás eres aun pequeña para entender esto. Pero trataré de explicarte. Siéntate.

— Para entender una sandía ? — Pensé que mi madre estaba bromeando conmigo.

— Te acuerdas del mapa que te hice anoche ?

— Sí. Por supuesto. Lo tengo aquí.

— No. No lo necesitamos ahora.— Con su mano detuvo mi intento de desenrollar el mapa.— Quiero que mires bien esta sandía ahora.

— Vamos a comerla ?

— No. Vamos a usarla como mapa.

Me resultaba incomprensible que mi madre no utilizara el mapa que tanto trabajo le había costado hacer el día anterior. Debía existir un motivo importante para que se

pusiera a hacer tajos con su cuchillo en la piel de una sandía, en un muelle de Biko, cuando yo estaría mucho más interesada en comer que en estudiar un mapa.

— Bien.— Dijo por fin.— Ves aquí ? — Señaló una parte de la superficie de la sandía.

Pude ver unos trazos parecidos a los del lienzo que yo tenía enrollado en mi mano.

— Si. Es el mapa de Atlantis.— Contesté.

— Correcto. Esto que ves acá es Atlantis. Y la sandía es la Tierra.

— La Tierra ? — Mi madre no dejaba de sorprenderme con sus mapas.

— La Tierra, Itahisa, es como esta sandía. Nosotras estamos aquí, en Biko. Y este es el cruce que hicimos recién en barco. Pero si en vez de viajar una media jornada, viajáramos y viajáramos muchas jornadas, sesenta jornadas, dos veces sesenta jornadas, seguiríamos recorriendo la Tierra hacia acá.— Dijo mientras acariciaba la sandía con su dedo índice.— Lo ves ?

— Sí.

— Entonces, imagina que podemos seguir viajando, otras muchas jornadas, dos veces sesenta jornadas más, — continuaba rodeando la sandía con la yema del dedo — a dónde estaríamos llegando, Itahisa ?

— A Atlantis ? — Pregunté, convencida que estaba dando una respuesta equivocada.

— Correcto ! — Exclamó mi madre.

Me quedé mirando la sandía, sin entender. Mi madre prosiguió.

— Acá están los mares y los continentes. Y este continente, del lado opuesto de la Tierra a donde estamos nosotros, se llama Asia. De allí vinieron las abuelas de los cazadores de focas. Toda esta parte de la Tierra, — dijo apoyando su mano sobre la sandía — está cubierta de hielo. Ellos cruzaron por el hielo desde el continente de Asia hacia nuestro continente del norte. Luego bajaron por aquí hasta el mar de Atlantis. Allí los hombres que vimos, construyeron barcos y vinieron a Biko con sus focas.

— Entonces ...— trataba de digerir lo que mi madre me estaba diciendo — del otro lado de la Tierra no hay un mundo que queda debajo del mar ?

— No Itahisa. Del otro lado de la Tierra hay otros continentes, otros mares y otros ríos.

— Y ... dónde está el inframundo, en el centro de la sandía ?

— No existe ningún inframundo, Itahisa, quién te dijo esa tontería ?

— El tío Txoim me dijo ...

No pude seguir porque mi madre puso una cara de horror que me asustó.

— Qué te dijo el tío Txoim ? — Me animó a continuar, aunque se la notaba enojada.

— El tío Txoim, me dijo, que del otro lado de la Tierra, debajo de los mares, hay un inframundo.

— Y qué más ?

— Que en ese inframundo vive una mujer muy mala, que se llama Sedna. Que es una mujer que siempre tiene hambre. Que se comió a su madre y a sus hijos. Y que vive sola con un perro, que duerme en la cama con ella. Y que si cualquier persona pasa por allí, el perro la va a matar para dársela a Sedna como alimento.

Mi madre me miró, esperando algo más de la historia. Luego preguntó.

— Eso es todo ?

— Sí.

— Estaban tus hermanos Jama y Aitor presentes cuando el tío Txoim hizo ese cuento ?

— No. Estábamos Hagora y yo.

— Itahisa. Ese cuento que te hizo el tío son puras mentiras. Son mentiras que se le cuentan a los niños para asustarlos. Hay que ser muy tonto para creerlas. No existe un inframundo, ninguna Sedna y ningún perro. Son todas estupideces, me entendiste ?

— Sí.

— Y te voy a pedir algo muy importante, Itahisa. Si el tío Txoim te hace algún cuento, de cualquier tipo, a ti o tus hermanos, vienes inmediatamente a decírmelo. Está comprendido ?

— Sí.

— Bien. Vamos a comer ahora, — dijo recuperando la sonrisa y clavando su cuchillo en la sandía — te parece ?

— Síiii ! — Exclamé aliviada.



La siguiente sorpresa en Biko fue el edificio de la *Biltzara*. Era probablemente el doble de grande que el de Bosteko. La explanada frontal donde se instalan los puestos de intercambio de mercaderías tenía cuatro campos. La escalinata ceremonial de sesenta escalones se iba angostando desde cuatro campos en su base hasta dos campos en su parte alta.

Y luego venía el imponente palacio, con dos torres de piedra a los costados. Pero lo más impresionante era el techo en forma de pirámide que parecía de un campo de grande, que brillaba con el sol, más dorado que el bronce, como si fuera oro. Quedé absorta mirando aquel techo de la *Biltzara* de Biko. Y no di crédito cuando mi madre me dijo que el palacio de Lehen era mucho más hermoso y tenía mucho más oro que el de Biko.

Tanta gente ocupaba la explanada, que pensé que todos los que estaban antes en el puerto se habían trasladado simultáneamente con nosotros. Esa multitud tendría que haber venido del puerto. Le pregunté eso a mi madre y ella se rió. Me invitó a subir los escalones hasta la entrada del palacio. Desde arriba me señaló en una dirección. Me di cuenta que desde ahí se podía ver el puerto ... y para mi asombro en sus muelles ... había tanta gente como antes !

Entramos al palacio y recorrimos las galerías y almacenes. Los perfumes exquisitos de maderas y vegetales, contrastaban fuertemente con oleadas desagradables de los excrementos de llamas y caballos, que transportaban bolsas y canastos cargados de mercaderías por todos los recintos. Subimos y bajamos escaleras, mi madre preguntaba por Maite, la tía que nos iba a dar alojamiento por esa noche. Finalmente la encontramos reunida con otras mujeres, en una enorme sala circular toda revestida de mármol. Nos hizo pasar a la sala. Nos ofreció unos lujosos asientos de cuero y al sentarnos nos presentó a la asamblea como importantes visitantes de Bosteko.

— Itahisa, puedes decirnos qué edad tienes ? — Me preguntó.

— Sí, tía Maite. Tengo nueve años.— Me sentía un poco inhibida ante tantas mujeres que me miraban.

— Nueve ? ... pareces mayor. Eres muy linda Itahisa.

— Gracias, tía Maite.

— Es tu primera visita a Biko, verdad ?

— Sí.

— Y qué te ha parecido ?

— Impresionante ! — Contesté francamente.

— Qué es lo que te ha impresionado más, Itahisa ?

Dudé un rato, mientras mi madre al oído me sugería respuestas como "el puerto", "la gente", "el palacio" y yo negaba con la cabeza.

— Los cazadores de focas.— Dije finalmente, provocando una risa tan fuerte y generalizada de mi auditorio que hizo resonar el recinto de mármol.

Me sentí avergonzada, pero la tía Maite me miró con cara de estar interesada en mis opiniones.

— Por favor, Itahisa, puedes explicarnos qué es lo que te ha impresionado tanto de los cazadores de focas ?

— Es que ...— seguía dudando si a aquellas mujeres les importaba mi impresión o solamente se querían reír de mí — es que ... yo ...

— Por favor, continúa Itahisa.

La voz dulce de Maite y el silencio de las demás mujeres me dieron confianza para seguir.

— Es que yo nunca había visto hombres tan chiquitos y pensé que eran niños.

Ninguna mujer se rió esta vez, pero todas me miraban divertidas.

— Por favor, continúa.— Insistió Maite.

— Pero no podían ser niños si estaban descargando unas focas de su barco. Además tenían esos ojos cerrados que parece que no pueden ver. Y mi madre me explicó que los cazadores de focas son así, que no crecen como nosotros, pero que ven perfectamente como nosotros, que vinieron desde otro continente por el hielo, que fabricaron sus barcos y cazaron las focas y las trajeron acá a Biko, y que son hijos de Ama, como nosotros.

Hubo un silencio. Maite sonreía. Mi madre sonreía. Sesenta mujeres que me miraban sonreían.

— Itahisa, — dijo la tía Maite con voz suave — todas recordaremos que a tus nueve años, has realizado un brillante discurso en la altísima *Biltzara* de Biko.

Yo no entendía bien lo que estaba sucediendo. Entonces la tía Maite empezó a aplaudir y todas las mujeres aplaudieron. Mi madre me abrazó. Me convencí que realmente me estaban felicitando y me sentí feliz.



En la *etxea* de Maite lo que me gustaron fueron las pieles. Las había de bisonte, de focas, de osos y de otros animales, en las paredes, sobre los asientos y en el piso. Los hijos de Maite, dos varones, eran mucho mayores que yo y no me prestaron atención.

Luego de cenar, le pedí a la tía Maite si podía dormir sobre una de las pieles. Me contestó que para eso estaban. Ella y mi madre hablaban de asuntos de Biko y de Bosteko. Me acosté sobre una piel en el piso y como estaba agotada, me dormí al instante.



Volvimos al puerto de madrugada. La partida fue similar a la de la mañana anterior. Nos sentamos en el centro del barco, sobre bolsas de granos, los barqueros tuvieron que remar para salir del puerto, la vela se hinchó y nos dirigimos hacia el sur, hacia Hiru, la ciudad tercera de Atlantis.

Durante el viaje hablamos sobre las experiencias de la jornada en Biko.

Mi madre me contó que la tía Maite también había nacido en Hiru, que la madre de Maite era amiga de mi abuela. Que no habían sido amigas de niñas porque Maite era unos años mayor que ella. Que cuando mi madre hizo la *Eskuela* de Astronomía, entre los dieciocho y los veinte años, viajaba muchas veces desde Bosteko a Biko y se alojaba en la casa de Maite. También cuando la tía debía ir a Bosteko por viajes de estudios, se quedaba a dormir en casa.

Cuando las mujeres atlanteanas completan las Doce *Eskuelak*, obtienen el título de Doctoras. Pueden entonces dedicarse a un ejercer o a enseñar un oficio, o bien ingresar en la Alta *Eskuela* para Sacerdotisas, que implica un conocimiento experto en las Doce Ciencias, en Religión y en administración de ciudades. A la Alta *Eskuela* ingresan las Doctoras con treinta años cumplidos y egresan a la edad de treinta y seis como Sacerdotisas.

La tía Maite, a la edad de treinta y ocho, era de las más jóvenes integrantes de la *Biltzara* de Biko. Mi madre Atissa, con treinta y cuatro, estaba completando sus



estudios en la Alta *Eskuela* de Bosteko. En un par de años más, mi madre llegaría a Sacerdotisa. Pero yo iba a pertenecer a su *Klan* por poco tiempo.

Cuando una mujer atlanteana llega a Sacerdotisa, forma su propio *Klan*.

Los *klanak* se componen a partir de una Sacerdotisa, por sus hijos varones, sus hijas menores de doce, sus hijas adoptadas y los hijos de ellas. De forma que cada ciudadano de Atlantis pertenece a un *Klan* y por lo tanto tiene como referente a una Sacerdotisa. Cada ciudadano puede elevar reclamos o propuestas a la Ciudad a través de su *Klan*.

Las sacerdotisas se jubilan a la edad de sesenta y pasan a integrar el Consejo de la Sabiduría. En ese momento deben ceder su *Klan*, para lo cual deben elegir a una Sacerdotisa activa. Así los miembros del *Klan* de la jubilada, empezando por ella misma, se suman al *Klan* de la elegida.

Todas las sacerdotisas eligen un Consejo de sesenta miembros, la *Biltzara*, que es la máxima autoridad de la Ciudad. La *Biltzara* administra todos los asuntos, preside las ceremonias religiosas, hace las leyes, ejerce la justicia, dirige las obras, ordena el intercambio con otras ciudades y distribuye todos los recursos.

El Consejo de la Sabiduría realiza declaraciones, que en general son tenidas en cuenta por las sacerdotisas y los ciudadanos, aunque no toma decisiones.

Las *Eskuelak* es lo único que las sacerdotisas no administran. Cada *Eskuela* es dirigida por su propio Consejo de Profesores. Y el Consejo de Profesores elige a la Decana o al Decano de la *Eskuela*.

En Atlantis las ciudades son totalmente soberanas, no hay por encima de las ciudades ninguna ley ni autoridad atlanteana.



El trayecto de Biko a Hiru es de dos a tres jornadas.

Contábamos con buen viento y nuestro barco avanzaba rápido impulsado por su vela. Al caer la noche continuamos navegando guiados por las estrellas. Si seguíamos toda la noche y todo el día siguiente con viento a favor, sería posible alcanzar nuestro destino en sólo dos jornadas.

El segundo día de viaje amaneció espléndido y la brisa se mantuvo. Cuando se estaba poniendo el sol, llegamos al puerto de Hiru.

No me impresionó como Biko. La único asombroso que vi al llegar fueron los clavadistas. Cerca del puerto de Hiru, la costa tiene barrancos de rocas que caen verticalmente sobre el mar. Desde lo alto de los riscos, los jóvenes de Hiru saltaban y caían de cabeza con sus brazos hacia adelante para clavarse en el mar, y luego salían nadando hacia la playa.

El puerto de Hiru no mostraba tanta actividad como el de Biko.

La abuela nos estaba esperando en el muelle. Estaba muy contenta y nos abrazó a mí y a mi madre repitiendo una y otra vez: "mis niñas, qué alegría, mis niñas, qué alegría".

Caminamos las tres hasta la *etxea* de mi abuela, en la que nació mi madre. Allí conocí a los hermanos de mi madre. La abuela iba con frecuencia a Bosteko y había estado varias veces en mi casa. Yo sabía que tenía cincuenta y cinco años y era Sacerdotisa. Pero los hermanos de mi madre, que eran *Maisuak* constructores en Hiru, nunca habían estado en Bosteko. Ellos tenían preparada la comida, un conejo asado en crema de aguacate, que estaba exquisito. Durante la cena me hicieron muchas preguntas. Hablamos sobre nuestra ciudad y sobre el viaje. Mi madre entregó los regalos que habíamos llevado. A su madre, una manta de lana de color rojo oscuro y a sus hermanos, unas herramientas de bronce que sirven para tallar madera.

Nos quedamos tres noches en Hiru. Excepto por el paisaje, era parecida a Bosteko. La costa lucía realmente hermosa, alternando puntas y barrancos con pequeñas playas de arena blanca, en las que en todo momento había grupos de jóvenes que tocaban tambores y bailaban.

Fuimos dos veces al Consejo de Sacerdotisas de Hiru, donde trabajaba la abuela y comimos con ella en la explanada. Mi madre y mi abuela hablaban con frecuencia de un "círculo" pero no estaban interesadas en explicarme de qué se trataba.

La tercera noche, luego de cenar, mi abuela me entregó un diminuto bolsito de cuero, atado con un lazo, — un regalo para mi nieta — dijo.

Al ver lo que contenía quedé muda. Era un aro de plata y llevaba engarzado en su interior un delicado delfín, también labrado en plata, que parecía danzar dentro del aro. Era bellissimo. Fui a abrazar a mi abuela a agradecersele.

Y ella me recomendó.

— Cuidalo. Lo puedes colgar de tu cuello o de tu oreja, donde sea visible. Deberás lucirlo únicamente en las fiestas. Si haces como te digo, Itahisa, este aro te va a dar mucha fortuna.

— Gracias, abuela.

Me parecieron algo incomprensibles sus palabras, pero así era mi abuela.

El viaje de regreso no fue sencillo como los anteriores. No teníamos viento favorable. Con viento en contra era casi imposible aprovechar la vela. Durante la mañana del primer día, mi madre trabajó con los *txalupari* tratando de manejar la vela, pero nos apartábamos de nuestra dirección y en vez de ir al Continente, estábamos alejándonos hacia la Isla Principal, como hacia la ciudad Sexta. Al mediodía, enrollamos la vela y los remeros empezaron a trabajar en turnos, cuatro remaban y dos descansaban.

No hacía calor, pero por el esfuerzo les caían gotas de sudor por todo el cuerpo. Lo único que yo podía hacer era servirles un trago de agua a cada pareja que pasaba a descansar. Hubiera querido ser grande y poder hacer una cuarta pareja con mi madre, para aliviarles el trabajo, pero no era posible.

Durante la noche se hizo un alto para comer, dormir y reponer fuerzas. Cuando desperté, los remeros habían retomado los turnos. Y así continuaron durante toda la segunda y tercera jornada.

Al ocultarse el sol, estábamos aun bastante lejos de Bosteko, aunque ya se advertía en el horizonte. A pesar de haber remado durante tres jornadas, tenían ánimo para hacer

bromas. Los que descansaban se burlaban de los que estaban remando, diciendo que así no íbamos a llegar hasta el amanecer. Al cambiar el turno, los que pasaban a descansar devolvían las mismas bromas.

Era casi medianoche cuando por fin atracamos en Bosteko. Yo, que no había remado un poquito, estaba agotada y me resultaron interminables los nueve campos que tuvimos que caminar para llegar a casa. El tío Txoim nos abrió la puerta y me dejó caer sobre él, para que me cargara y me depositara en mi cama.



Así habló mi madre cuando cumplí diez años.

Ama nos hizo hombres y mujeres. Los hombres son más altos y más fuertes que las mujeres. Pero Ama dio a las mujeres muchos dones. Sólo las mujeres podemos ser fecundas y tener hijos. Las emociones que siente una mujer cuando su bebé está creciendo en su panza son incomprensibles para los hombres. La satisfacción de parir nuestros hijos también es única, intransferible.

Sólo las mujeres podemos amamantar. En la intimidad y el placer que sentimos al dar pecho está la base de la capacidad excepcional que tenemos las mujeres para crear, cuidar y fortalecer vínculos. En nuestra familia, en nuestro *Klan*, en nuestra ciudad, entre distintas ciudades y entre todos los hombres de la Tierra.

La multiplicación y fortaleza de esos vínculos son la multiplicación y fortaleza de nuestra riqueza como personas y como comunidad. Los vínculos nos dan alimento, cuidado, protección, sabiduría, alegría, placer. Todas las cosas que necesitamos para ser felices.

Además de ver con los ojos, las mujeres somos capaces de ver con nuestros pechos. Con nuestros pechos podemos sentir la alegría, la tristeza, la pasión y la desesperación, podemos sentir las emociones de otras personas.

Las mujeres tenemos otra capacidad excepcional. La de ofrecer y recibir placer. Nuestro cuerpo está maravillosamente preparado para ello. Cada parte de nuestro cuerpo, cada punto de nuestra piel, puede hacernos gozar enormemente si es sabiamente acariciado. Y nuestra capacidad de dar placer a otros es inagotable. En ello nos diferenciamos de los hombres, que son mucho más limitados para dar y recibir placer.

Si bien todo nuestro cuerpo es capaz de sentir placer, el centro de nuestra capacidad de disfrutar está en nuestra *natura*, entre nuestras piernas. La *natura* que nos dio Ama es la parte más hermosa de nuestro cuerpo. Es tan bella como una flor. Una flor muy potente que tenemos que saber manejar.

Como una flor en un jardín que nos atrae con su perfume y queremos disfrutar de su aroma, las abejas y los colibrís quieren alimentarse con su néctar. Cuando la flor entrega su perfume y su néctar, es cuando se vuelve más hermosa. Ella también disfruta de ofrecerse. Mejor aroma y más delicioso néctar entregará cuanto más disfrute sea capaz de provocar.

La flor de nuestro cuerpo es igual. Tiene también esa capacidad de atraer. Posee un aroma exquisito y un néctar delicioso. Tiene la propiedad de provocar deseo en quienes nos rodean. Y la potencia de hacernos estallar de placer si recibe las caricias

adecuadas. Ese don es algo que las mujeres tenemos que aprender. Cuidando nuestra flor. Para ofrecerla a quienes nos quieren, a quienes nos complacen y a quienes la saben disfrutar y saben hacernos disfrutar. Nunca a quienes no sean respetuosos con nosotras.

Lo que más desean los hombres es poder introducirse en nuestra flor. Ama los hizo así y esa es nuestra ventaja. Ellos querrán siempre complacernos y por ello harán lo que nosotras les pidamos. Darles nuestra flor es una satisfacción múltiple. Porque si lo merecen es porque nos han hecho felices en lo previo. Porque nos harán felices al momento de penetrarnos. Y porque nos regalarán su semen. Cuando un hombre goza, de su *zakil* se vierte una pequeña cantidad de leche, que se llama semen. El semen es una bendición para nuestra flor, para nuestra piel y para nuestro espíritu. Regar con semen nuestra flor, nuestros pechos, nuestra cara, todo nuestro cuerpo, nos hará más felices y más jóvenes.

De nuestra *natura*, con cada luna, se derramará sangre. Eso nos dice que somos mujeres porque somos capaces de tener hijos. No debemos preocuparnos por ello. Cualquier intento de evitar que la sangre fluya y escurra por nuestras piernas, será inútil. Lo único que obtendremos tratando de detener la sangre es estropear el aroma de nuestra flor. Si nos molesta el flujo de sangre en nuestras piernas, simplemente lo limpiamos con un paño. Si a quien le ofreces tu flor se disgusta por tu sangre, demostrará no merecer que le ofrezcas nada.

Itahisa, el mundo está lleno de hombres deseando complacernos. Con el tiempo aprenderás a valorar quienes son buenos amantes y buenos compañeros. Estarás mejor si ellos son muchos y variados. Nunca hagas la tontería de prometerle a un amante que sólo dormirás con él. Eso le quitará alegría a tu cama y a tu vida. Y jamás, jamás cometas la estupidez de pedirle a un hombre que sólo duerma contigo. Los hombres no están hechos para ello y en cuanto otra mujer se entere, le será muy fácil seducirlo.

Podrás elegir amantes entre todos los hombres de Atlantis, excepto los nacidos en la misma ciudad que tú. No podrás ofrecer tu flor cuando te encuentres ocasionalmente de viaje en la ciudad en la que está la *etxea* de tu madre. Es nuestra única restricción.

Tendrás momentos en los que uno o dos amantes te serán suficientes, porque estarás concentrada en el estudio, o en el trabajo, o en tus hijos. Y habrá otros momentos en que cinco o seis no te serán suficientes. No te preocupes por ello. Si una mujer está realmente encendida, es como una llama que no deja de crecer. Ni sesenta amantes le serán suficientes. Simplemente disfrútalo.

Un privilegio especial que también tenemos las mujeres es el dar y recibir placer con otras mujeres. Los hombres difícilmente puedan hacerlo entre ellos. Las mujeres pueden ser las mejores amantes. Ellas serán expertas acariciando tu cuerpo. Ellas pueden darnos su flor, su néctar y sus pechos en agradecimiento a nuestra flor, nuestro néctar y nuestros pechos. Verás qué bien se siente acariciar la piel de otra mujer y apoyar tu cabeza en su pecho. Habrá momentos en tu vida en que preferirás estar con otras mujeres en tu cama, antes que con amantes hombres. No te preocupes por ello. Disfrútalo.

Es cierto que las mujeres podemos abarcar más saberes que los hombres, pero no es cierto que por ello seamos más inteligentes que los hombres. No desestimes la inteligencia de los hombres. Ellos pueden sorprendernos en cualquier momento con soluciones a problemas que nosotras no encontramos. Ellos cuidarán a tus hijos.

Respétalos en la medida que ellos lo hagan contigo.



Cuando yo había cumplido los once años, mi madre terminó los estudios en la Alta *Eskuela*.

Se hizo una gran fiesta en mi casa. Estaban los tíos y las tías. Estaba Hagora y su madre, y otras amigas y amigos de los campos cercanos. Vino mi abuela desde Hiru. También la tía Maite desde Biko. Y muchas sacerdotisas y compañeras de mi madre de la Alta *Eskuela*. Hasta un grupo de músicos. Todos felicitaban a mi madre, ahora la Sacerdotisa Atissa. También a mí y a mis hermanos por ser los miembros originales del nuevo *Klan*. El *Klan* de Atissa de Bosteko.

La comida era abundante. El tío Ahar había preparado pancitos de tomate y pescado. También *huetxi* asado, con salsas de frutas. Y otros bocadillos, como queso de cabra con nueces, pernil de cerdo con pasas, papas dulces con hierbas y setas, y no me acuerdo cuántos otros manjares.

Mi madre estaba estrenando su túnica de sacerdotisa. Igual a la túnica ceremonial de las fiestas de Ama y Egu, blanca y de mangas amplias, pero con la falda larga hasta el piso. Llevaba en la frente una tiara con brillantes y en la cintura el cinto sacerdotal rojo. Estaba radiante y nunca me pareció más hermosa.

Yo colgué de mi cuello el aro de plata que me había regalado mi abuela. Me preocupé de que ella me viera luciéndolo. La abuela me abrazó, me besó y me dijo que me quedaba perfecto. Me recordó que siempre lo usara en las fiestas, y sólo en las fiestas.

A pesar de este clima festivo, yo no estaba de buen humor. En menos de un año debía irme de mi casa y en esos días, la idea me aterrorizaba. Lo mismo le ocurría a mi amiga Hagora. Sabíamos que eran las últimas reuniones que tendríamos con nuestras familias en Bosteko. Tratamos de distraernos y disfrutar de las visitas, los manjares y la música.

Quise hablar con la tía Maite. La seguí por la casa, pero siempre estaba ocupada saludando gente. Luego me di cuenta que yo no era la única que la seguía. El tío Txoim estaba encantado con la visita de la tía Maite. No la perdía de vista ni desaprovechaba oportunidad de conversación. En un momento me acerqué a ellos y noté que cambiaban de tema. Ella empezó a contar mi famosa intervención en el Consejo de Sacerdotisas de Biko. El tío Txoim ya sabía la historia, porque mi madre la había relatado más de una vez, pero atendió las palabras de la tía Maite como si se estuviera enterando.

Entonces el tío me dijo:

— Si te causaron impresión los cazadores de focas, qué suerte que no te encontraste con los hombres del hielo, porque te hubieras muerto de miedo.

Ya no tenía nueve años para que me tratara como una chiquilina, así que le contesté.

— No me vengas con cuentos para niños, tío Txoim.

Él parecía esperar esa respuesta y prosiguió.

— Acá, delante de la Sacerdotisa Maite, te digo que del otro lado de la Tierra, viven unos hombres pequeñitos, cubiertos de pelos rojizos, con narices anchas, que se cubren solamente con pieles, no cultivan ni crían animales, no tienen barcos ni ciudades, no hacen casas sino que viven en cavernas y bañan a sus bebés en agua helada al nacer. Por eso se llaman los hombres del hielo. Que la Sacerdotisa Maite diga si te estoy mintiendo.

Miré a Maite que solamente sonreía y no daba una señal clara aprobando o delatando al tío Txoim. Así que fui a mi madre con el cuento del tío Txoim, esperando que me dijera que eran todas mentiras para asustar a los niños. Pero mi madre me decepcionó. Me aseguró que lo que decía el tío Txoim era cierto. Lo que no hizo sino aumentar mi malhumor.

Cumplir doce años es un momento muy importante en la vida de los atlanteanos. Es el momento en que dejamos de ser niños y pasamos a ser adultos.

Mucho más para las niñas que para los varones. Los varones simplemente entrarán a la *Eskuela* y su vida no cambiará drásticamente.

La forma en que las niñas nos hacemos mujeres es mucho más radical.

Dejamos a nuestra madre y nuestros hermanos, abandonamos nuestra *etxea* y vamos a vivir a otra ciudad. Es un cambio doloroso y a la vez feliz. Debemos dejar todo lo que recibimos, para construirlo por nosotras mismas.

En la comunidad que nos recibe, tenemos que obtener una madre que nos adopte, hacernos un lugar, ganarnos el reconocimiento de las demás mujeres y empezar a construir nuestra propia casa. Una mujer debe tener una *etxea* en la que vivirán sus hijos, sus hijas mujeres hasta los doce años. Y sus hijos varones, toda la vida.

Las niñas no se van exactamente el día que cumplen doce. Lo hacen previo a la siguiente Fiesta, sea la Fiesta de Ama, de Elkar, o de Egu. Llegarán a su nueva ciudad y serán presentadas a Doctoras y Sacerdotisas, en lo que se llama la Ceremonia de Recepción.

Antes que eso, yo debía elegir la ciudad a la que mudarme.

Mi primera opción de destino era Biko. No podía ser Hiru, porque no se ve bien ir a la ciudad de origen de la madre. Biko me había parecido enorme y desafiante y en Biko estaba la tía Maite, por eso quería hablar con ella.

Al fin logré que el tío Txoim se distrajera con otros invitados y pude tener un momento con tía Maite. Le dije de mi preocupación por tener que elegir a dónde irme y ella se sentó a escucharme. Cuando mencioné que estaba pensando en Biko, su rostro radiante cambió bruscamente y se puso seria, pensativa. Me dijo que era una decisión muy importante y que tenía que hablarlo con mi madre. Yo ya sabía eso. Entonces agregó que si importaba su opinión, le parecía que ir a Biko no era una buena idea. Que ella pensaba que me iba a ir mejor en otra ciudad.

Fue como si me hubiera dado un golpe. Era todo lo contrario de lo que estaba esperando. Quedé completamente apenada y aturdida. No supe qué decir y me fui en silencio a mi dormitorio, con muchas ganas de llorar.

La primera en ir a buscarme fue Hagora. Pero yo no quería hablar con ella y le dije de mal modo que se fuera. Después vinieron el tío Txoim y la tía Maite, y me terminé de enfurecer. Les grité que me dejaran sola. Pasó un rato y vino mi madre. Tenía ganas de gritarle también, pero me contuve. La noche de su fiesta de Sacerdotisa, yo estaba haciendo una escena y maltratando a sus invitados. Me sentía culpable por eso. Le dije que fuera a atender la fiesta pero no me hizo caso. Se sentó a mi lado en la cama sin decir una palabra. Entonces apoyó su mano en mi cabeza y no pude contenerme más, y empecé a llorar.

Ella se mantuvo en silencio y sólo acariciaba mi cabeza. Traté de explicarle lo que la tía Maite me había dicho, pero no me salían las palabras. Me sentía una niña tonta que lloraba por algo que no tenía sentido. Traté de calmarme, pero unos espasmos me recorrían el cuerpo y era imposible dominarlos. Empezó a dolerme la cabeza.

No sé cuánto tiempo pasó hasta que finalmente mi madre me dijo.

— Itahisa. Sé lo mal que te sientes. Créeme que lo sé. Ahora no es el momento para hablar de ello. Pero lo haremos mañana ... Y también hablaremos mañana de los próximos viajes que haremos juntas. Está bien ?

Aquello tampoco me lo esperaba. Viajar con mi madre había sido una de las mejores experiencias de mi vida y la sola idea de volver a hacerlo, era suficientemente poderosa para sacarme del malestar que estaba sintiendo.

— Está bien.— Contesté, y me senté en la cama. Mi madre me dio un beso.

— Volvemos al hogar ? O te vas a quedar acá ?

Procuré secarme las lágrimas de la cara. Ordené mi *brusa* y mi falda. Acomodé mi aro de plata en el cuello. Y seguí a mi madre de regreso a la fiesta.



Al día siguiente hablamos.

Mi madre me explicó lo que había querido decir Maite. Que en Biko hay catorce veces sesenta sacerdotisas y que es un mundo inabarcable, que a muchas de ellas ni siquiera las conocía, y que era poco lo que la tía podía hacer para ayudarme. Una sacerdotisa joven, aun perteneciendo a la *Biltzara* tiene una prioridad baja al momento de adoptar *hamabineskak* (doceañeras). Ella no podría adoptarme y seguramente lo hiciera una sacerdotisa mucho mayor, con la que sería difícil entenderse. Que a la escala de Biko, donde todo es grande, donde hay tantos *klanak*, los vínculos son relativamente más débiles que en una ciudad menor. La tía Maite había sido excepcionalmente afortunada al ser adoptada por un *Klan* prestigioso. Y excepcionalmente afortunada al presentarse frente a las otras Sacerdotisas de Biko. Que ello era difícil que se repitiera conmigo.

Que lo mismos argumentos aplicaban en contra de Zazpir, la gran ciudad del continente norte. Descartando Hiru y Biko y Zazpir, las opciones más convenientes eran las ciudades pequeñas, Lehen, Sexta y Lau. Entre ellas, tanto la tía Maite como mi madre, pensaban que la mejor opción era Sexta, la menor de las siete, y cercana a Biko, a Hiru y a Bosteko. Porque Lehen era lujosa y sofisticada, y por lo tanto difícil de conquistar. Por su parte Lau era una ciudad prometedora, pero a seis jornadas de

Bosteko iba a ser complicado viajar para encontrarnos. Por todo eso, tanto Maite como ella opinaban que Sexta era la mejor opción, y la abuela también estaba de acuerdo.

Como se trataba de mi decisión, lo que íbamos entonces a hacer era un viaje de veinte días, visitando Lehen, Lau y finalmente Sexta. Para que yo eligiera entre esas opciones. Y que al retornar a Bosteko tomara mi decisión, que iba a ser definitiva. El recorrido de Bosteko a Lehen tendría su primera noche en Biko. Y el penúltimo tramo de Lau a Sexta, dos noches en Hiru. Por lo tanto el viaje iba a tocar seis de las siete ciudades de Atlantis, un privilegio que pocas niñas de once años podrían pretender.

La perspectiva de un viaje tan largo y prometedor me fascinaba. A la vez, me sentía apenada porque Maite y la abuela habían hablado con mi madre sobre mi futuro, sin que yo me hubiera enterado. Al final lo primero primó sobre lo segundo.

— Me encanta la idea.— Admití.

— Entonces, es un hecho.— Sentenció mi madre — Debo hacer unos arreglos y en quince o veinte días estaremos viajando.



Tres días después de la fiesta de Egu, partimos desde Bosteko hacia Biko.

La tía Maite nos esperaba en el puerto y me trató con tanto cariño como si yo fuera su hija. Tenía preparada para mí una cama con la piel de un oso, pero esa noche hacía mucho calor para dormir sobre una piel. A la mañana siguiente ella nos despertó, nos preparó un desayuno estupendo y nos acompañó al puerto.

Cuando nos despedía me abrazó y me dijo al oído, para que mi madre no escuchara.

— Observa bien con tus ojos, querida Itahisa. Donde veas que hay más para construir, ahí es donde te necesitamos.

Y me besó. Noté que estaba emocionada, porque sus ojos estaban humedecidos. Los adultos a veces son inescrutables.

El tramo de Biko a Lehen es de dos jornadas rodeando la Isla Principal de Atlantis. El barco era de la *Eskuela* de Navegación y los seis remeros eran estudiantes de la *Eskuela*. Tenían entre catorce y dieciocho años. Viajaba con ellos un *Maisu*, el Maestro de Navegación, que supervisaba y daba indicaciones a sus alumnos. De modo que éramos nueve a bordo.

Era para mí un adelanto de lo que iba a vivir en unos pocos años.

La *Eskuela* de Navegación es obligatoria para los jóvenes y suelen hacerla desde los doce a los quince años los varones, y desde los quince a los dieciocho las mujeres.

Luego de que hemos completado la *Maisutza* en Navegación, los atlanteanos quedamos disponibles para el Servicio Naval hasta cumplir cuarenta años, con excepción de las mujeres embarazadas o con bebés de leche. Eso quiere decir que la Ciudad puede convocarnos en cualquier momento a que tomemos parte en un viaje a cualquier destino. También la *Eskuela* a la que estemos asistiendo puede hacerlo. Casi todas las *Maisutzak* de las doce Ciencias realizan viajes como parte de la formación de sus



estudiantes. Por ello cada joven atlanteano, con excepciones escasas por impedimentos físicos, al cumplir los dieciocho años es un Maestro en Navegación.

El *Maisu* era muy exigente con los seis remeros. A pesar de que teníamos buen viento los hizo remar toda la mañana. Hacía indicaciones sobre la postura, el giro de los brazos sobre el remo, la coordinación con la pareja de a cada lado del barco y el acompasamiento de los tres pares de remos. Luego de un tiempo, les ordenaba descansar y comer unas bananas, sin importarle en absoluto que el barco quedara a la deriva, sin dirección, sin vela y sin remos.

Los barcos atlanteanos, llamados *txalupak*, son todos iguales. Están hechos de una estructura de madera forrada con cueros de animales que han sido curados con grasas durante varias estaciones para mejorar su resistencia al agua. Los cueros finalmente son aplicados al costillar de madera cosiéndolos y rellenando las costuras con resinas de árboles o con brea, un aceite negro, espeso y pegajoso, que se trae desde el Continente del Norte.

Las dimensiones de una *txalupa* son siempre de cuatro a uno. En general, dos pasos de ancho y ocho pasos de largo. Aunque hay algunos barcos más grandes y otros más chicos. El borde de atrás es plano, formando dos esquinas con los bordes laterales que son ligeramente curvados y se unen en el *moko*, la parte delantera, que se eleva sobre el mar, como un pico apuntando al cielo. El piso es una gran cantidad de listones curvos que van de un borde a otro y unos pocos en sentido longitudinal desde la popa hacia el *moko*. Hay además tres tablones, que son los bancos donde se sientan las parejas de remeros. Entre el primero y el segundo está afirmado el mástil, que tiene unos cinco pasos de alto. De lo alto del mástil cuelga un palo horizontal, que sostiene la vela. Las velas de las *txalupak* son cuadradas de entre tres y cuatro pasos de lado.

Era pasado el mediodía de la segunda jornada, cuando el *Maisu* ordenó desplegar la vela. Fue un alivio para todos. Porque además era un día sumamente caluroso.



El sol aún estaba alto al aproximarnos a Lehen. Tuve que admitir que mi madre estaba en lo cierto. Los edificios de Lehen brillaban como si todos sus techos estuvieran recubiertos de oro. Era fascinante observar aquellos techos mientras nos acercábamos.

El puerto de Lehen es la cuna de la civilización atlanteana. Fue fundado hace más de cincuenta y siete ciclos, o sea cincuenta y siete veces sesenta años. En realidad son tres puertos. El más antiguo del que sólo se conserva un muelle de piedra, está en desuso. El antiguo, que tiene aún dos muelles activos, y el moderno que fue construido hace cincuenta años y tiene siete muelles, cada uno con una gran estatua en su extremo. El conjunto no alcanza el tamaño impresionante del puerto de Biko, aunque sin duda es mucho más hermoso.

Íbamos a ser alojadas por Bentaga, una mujer de Lehen que era referida por mi abuela. Mi madre no la conocía. Sólo tenía un mapa para llegar a su casa. Siguiendo las indicaciones, recorrimos calles empinadas que tenían escalones. Nunca había visto calles escalonadas. Al final nos detuvimos en una puerta. Nos abrió una niña de mi edad. Ella sabía nuestros nombres. Nos saludó amablemente, nos dio la bienvenida y nos invitó a entrar.

La madre no se encontraba en la casa. Pero la niña, que se llamaba Txanona, hizo perfectamente de anfitriona. Nos indicó nuestras camas en cada habitación, nos ofreció

agua caliente si queríamos bañarnos y preparó la cena. Txanona era sumamente delgada, tenía unos ojos verdes bellísimos y hablaba muy poco. Su pequeño hermano, de unos cinco o seis años de edad, luciendo llamativos bucles, la seguía por toda la casa. Su nombre era Aieko.

Cuando la cena estuvo pronta llegó la madre. Bentaga era muy parecida a su hija, o mejor dicho, Txanona era idéntica a su madre. Delgada, con pechos pequeños, cabello enrulado y ojos verdes que encandilaban. Debo aclarar que los ojos verdes y el cabello enrulado no son comunes en Atlantis. La mayoría de los atlanteanos tenemos ojos azules y cabellera rubia lacia o apenas ondulada.

Nos sentamos a cenar y Bentaga dirigió una oración a Ama. Ella estudiaba en la Alta *Eskuela* de Lehen y era menor que mi madre. Nos preguntó sobre el viaje y nosotras contamos las peculiaridades del barco que nos había tocado. Luego hablamos de Bosteko y de Lehen. Y finalmente del propósito de nuestro viaje.

Mi madre preguntó a Txanona si ya había elegido la ciudad de adopción.

— Aún no tengo la decisión definitiva, Sacerdotisa Atissa.— Fue su escueta respuesta.

— Bien. Entonces estarás evaluando un conjunto de opciones ?

— Sí.

Daba la impresión de que Txanona no quería hablar del tema. Me sentí identificada con ella.

— Txanona, puedes ser más explícita por favor.— Intervino su madre.

— Sí ... Mis opciones son Lau, Hiru, Sexta o Islas Castigadas.

Quedé perpleja. También mi madre. Nunca había escuchado que Islas Castigadas fuera una opción. Sabía de la existencia de Islas Castigadas, unas islas remotas en el Mar de Atlantis, como a veinte jornadas en barco hacia el Noreste. Nada de que hubiera allí una ciudad.

— Sus opciones son Lau, Hiru o Sexta.— La contradijo su madre.

Txanona miró su plato de comida casi vacío y guardó silencio. Mi madre por fin se dio cuenta de que no valía la pena insistir con el interrogatorio. Trató de desviar la conversación.

— Sería bueno que lo puedan hablar entre ustedes, ya que tienen opciones similares. Cuándo es tu cumpleaños Txanona ?

— Diez días después de la Fiesta de Elkar.— Respondió ella sin dejar de mirar su plato.

— Bien, tienes todavía bastante tiempo. Esta sopa de pollo con habas que has preparado estuvo exquisita. Te felicito Txanona.

— Gracias, Sacerdotisa Atissa.



Nuestras madres se quedaron conversando en la mesa, y nosotras recogimos y lavamos los platos.

Al terminar, le pedí a Txanona que me mostrara su ropa. En realidad quería estar a solas con ella, suponiendo que podíamos retomar la conversación y saber qué era eso de Islas Castigadas. Ella accedió y fuimos al dormitorio, donde el pequeño Aieko ya estaba dormido. Encendió una lámpara y cerró la puerta. Me mostró unas *brusak* y unas faldas de diseños y colores preciosos, pero pequeños para mi talla.

Después de un rato me pareció que estaba a gusto conmigo. Entonces me animé a preguntarle.

— Dónde quiere tu madre que vayas ?

Txanona me asesinó con sus enormes ojos verdes. Hizo gestos con las manos para que no hablara tan fuerte. Me miraba estudiándome.

— No lo sabes ? — Preguntó al fin en voz casi inaudible.

— No.— Le contesté imitándola.

En realidad no me parecía razonable su pregunta. Cómo podría yo saberlo? Sin embargo, ella me miraba como si yo fuera quien hacía las preguntas tontas.

— Ellas quieren que vayas a Sexta, no ?

— Sí.— Me pregunté cómo estaba enterada. Nada al respecto se había dicho en la cena.

— Entonces lo sabes.

Txanona empezaba a exasperarme con sus murmullos incomprensibles.

— Qué es lo que sé ?

Me miró otra vez como para matarme.

— Lo que ellas quieren.— Dijo, aumentando mi confusión.

— Que ellas quieren que yo vaya a Sexta ?

— No. Que ellas quieren que nosotras vayamos a Sexta.— Enfatizó el "nosotras" con vaivenes de su dedo índice.

El plural no tenía sentido para mí. Si mi madre, mi abuela y mi tía Maite querían que yo eligiera a Sexta, qué tenía que ver eso con ella ?

— No entiendo.— Atiné a confesar.

— Qué es lo que no entiendes ? — Parecía fastidiada conmigo. Volvió a poner voz de secreto.— Ellas tienen planes y nosotras formamos parte de esos planes.

— Ellas quiénes ?

— Tú sabes quiénes. Tu abuela.

— Mi abuela ? — Le pregunté sorprendida.

— Me estás tomando por tonta, Itahisa ? Crees que no sé quién es tu abuela ?

— Dímelo tú.— Se me ocurrió responder, aunque me parecía que Txanona estaba mal de la cabeza.

— Está bien. Tu abuela es la Sacerdotisa Iruene de Hiru. Ella es una de las jefas del Círculo. Ya está. Puedes dejar de fingir, Itahisa.

Quedé sumergida en un mar de oscuridad. Ciertamente mi madre, mi abuela y mi tía Maite hablaban del Círculo, aunque ignoraba por completo de qué se trataba. Cómo era posible que esta niña flaca de ojos verdes de Lehen estuviera enterada de mis cosas ? Cómo conocía a mi abuela ? Qué suponía que yo estaba fingiendo ? Ahora yo tenía clavada la intriga y necesitaba averiguarlo.

— Sí. El Círculo.— Confirmé con voz cómplice.

Txanona entonces se dirigió a un cajón junto a su cama, donde buscó y extrajo un pequeño bolsito de cuero atado con un lazo, igual al que me había regalado mi abuela con el aro de plata a los nueve años, y que yo tenía guardado en mi casa. Abrí bien los ojos. No podía creer lo que estaba viendo.

— Si me dices lo que hay adentro, yo voy a confiar en ti y tú vas a confiar en mí.

Balanceaba el bolsito desde su lazo.

A pesar de que yo no entendía su desafío, sabía la respuesta.

— Un aro de plata, — contesté con aplomo — con un delfín bailarín.

Txanona sonrió, abrió el lazo y extrajo un aro de plata con el delfín engarzado, idéntico al mío.

— Tú tienes uno igual al mío, no ?

— Sí.

— Todas las *hamabineskak* del Círculo tenemos uno igual.— Afirmó en otro susurro.

— Todas las *hamabineskak* del Círculo ? Tenemos uno igual ? — Traté de no hacer evidente mi total asombro, completa ignorancia y profunda perplejidad a Txanona.

— Claro. Entiendes ahora ?

— Sí. Entiendo.— Mentí.

Ella guardó el aro, cerró el lazo y escondió el bolso en su cajón. Daba la impresión de sentirse aliviada y haber despejado todos sus enojos. Mi cabeza trabajaba frenéticamente, tratando de poner en orden los misterios que Txanona había sembrado. Algunas explicaciones empezaban a encajar. Necesitaba desesperadamente más datos. Me senté junto a ella en su cama pensando cómo seguir la conversación.

Txanona vino inesperadamente en mi ayuda.

— No vas a contarle a tu madre si te digo un secreto ?

— No. Te lo prometo.— Reaccioné rápidamente.

— Tienes que jurarlo.— Replicó ella.

Levanté mi mano y le ofrecí mi palma como gesto de juramento.

— No.— Ella bajó mi mano — Eso no alcanza.

— Qué tengo que hacer entonces ? — Pregunté aturdida.

— Dame tus labios.— Propuso ella con voz pícara — Así juramos las mujeres. Si me das tus labios quiere decir que me das tu palabra.

Txanona me miraba sonriendo, yo estaba hundida en el desconcierto. Necesitaba salir de ahí. La idea de darle mis labios como juramento me parecía algo raro, pero comprensible y en definitiva, nada desagradable. Acerqué mi boca a la suya. Ella primero me rozó y luego apretó con fuerza mis labios con los suyos.

— Ahora tus labios están cerrados. Me has jurado.— Sentenció.

— Me vas a decir tu secreto ? — Rogué ansiosa.

— Sí.— Volvió a bajar la voz.— Yo ... las ... escucho.

— Qué ?

Mi disposición a soportar nuevos acertijos se estaba agotando.

— Cuando ellas vienen a Lehen se reúnen en casa. El Círculo. Y yo las escucho.

Sentí que por fin una luz entraba en mi mar de oscuridad. El Círculo se reunía en la *etxea* de Bentaga en Lehen. Mi abuela era una jefa del Círculo. Mi abuela me había regalado el aro de plata. Txanona tenía un aro de plata. Todas las *hamabineskak* del Círculo tenían un aro de plata. Ellas tenían planes. Nosotras debíamos ir a Sexta.

— Entonces sabes cuáles son sus planes.— Afirmé razonando en voz alta.

— Sí.

Parecía muy contenta e hizo el gesto infantil de taparse la boca con ambas manos.

— Entonces sabes por qué quieren que vayamos a Sexta.— Insistí.

— Sí. Porque quieren la mayoría en la *Biltzara* de Sexta.— Contestó como si fuera lo más obvio.

Pero a mí me resultó absurdo.

— Y qué tenemos que ver nosotras con eso ? Con suerte llegaremos a sacerdotisas en veinticinco años. De ahí a integrar la *Biltzara* pueden pasar otros quince !

— Los planes del Círculo son para muchos años.— Fue su réplica.

— Txanona, lo que me estás diciendo no tiene sentido ! Cuando nosotras lleguemos a la *Biltzara* de Sexta, si es que llegamos, tu madre y la mía estarán jubiladas y mi abuela ya habrá cruzado la Puerta !

— Es cierto. Pero tú no sabes cuánto tiempo hace que existe el Círculo. No sabes cuántas sacerdotisas lo integran. No sabes cuántas *hamabineskak* tuvieron su aro de plata antes que nosotras. Ellas ya son mayoría en Hiru y en Bosteko, Itahisa. Tienen la mayoría de las sacerdotisas jóvenes en Lehen, Biko y Sexta. Con la mayoría en cinco o seis ciudades, en diez, veinte o treinta años, el Círculo podrá ejecutar sus otros planes.

Aquello ya estaba siendo demasiado pesado para mí. No terminaba de digerirlo y Txanona seguía agregando más y más.

— Otros planes ?

— Sí. Nuevas ciudades.

— Forma parte Islas Castigadas de esos planes ?

— Sí ! — Festejó entusiasmada como si yo hubiera descubierto algo fantástico.

— Y por eso quieres ir a Islas Castigadas ?

— Sí. Yo quiero, pero el Círculo no quiere. Es un plan para más adelante. Te cuento otro secreto ?

— Tengo que jurar de nuevo ?

— No, si no quieres.

— No tengo problema — Dije casi sin pensarlo. Y le ofrecí mi boca. Ella volvió a besarme, esta vez más suavemente.

— Tú me gustas.— Me dijo sonriendo.

— Y tú a mí.— Devolví sinceramente.

— En Islas Castigadas está mi tío Mobad.— Volvió a susurrarme — Allí están haciendo un puerto, hay tres veces sesenta atlanteanos. Pero nadie lo sabe ... Es un secreto.

Repentinamente me sentí muy cansada. Tenía varias jornadas de viaje en mi cuerpo y demasiadas novedades en mi cabeza. Demasiadas preguntas todavía sin responder. Muchas cosas para conversar aún con mi nueva amiga. Por suerte íbamos a quedarnos en Lehen un par de noches más.

— Estoy agotada. Podemos seguir hablando mañana ?

— Claro que sí, debilucha.— Se burló ella — Seguimos mañana.

Fui a mi cama y me acosté. Txanona se desnudó, me deseó buenas noches y apagó la lámpara.

Mi cabeza se balanceaba al movimiento de jóvenes remeros. Todos usaban aros de plata con delfines en sus pechos. Todos estaban sudorosos y desnudos. Todos tenían ojos verdes.



Txanona nos acompañó al día siguiente a recorrer Lehen. Era una mañana lluviosa. Fuimos al Palacio de la *Biltzara*. Nos detuvimos a admirar sus techos brillantes, sus monumentales columnas de mármol, sus estatuas de bronce y sus jardines escalonados formando dibujos con flores de siete colores.

Visitamos la Alta *Eskuela*, otro edificio extraordinario, con galerías circulares que comunicaban a salones y aulas con gradas. Allí encontramos a Bentaga y fuimos a comer. Mi madre anunció que planeaba encontrar a unas amigas en la *Eskuela* de Astronomía. Txanona propuso acompañarme a una recorrida por el puerto. Mi madre accedió complacida.

Txanona me hizo descender corriendo las calles escalonadas hacia el puerto de Lehen. Había parado de llover y el calor era sofocante. Me guió por muelles antiguos y modernos, alejándonos de la ciudad, hasta una punta rocosa que penetraba en el mar. Caminamos por las rocas hasta alcanzar aquella punta. Señaló un pequeño islote a unos veinte pasos. Entendí que ese era nuestro objetivo. Txanona se zambulló y yo la seguí. Nadar veinte pasos fue fácil, pero acceder a aquellas rocas no lo era. Estaban resbaladizas o cubiertas de afilados mejillones. Txanona me hizo una seña y rodeó la islita hasta un lugar donde era posible apoyarse para salir del agua. Ella trepó y con su ayuda pude hacerlo también.

Nos sentamos empapadas con los pies aun en el agua. Desde allí había una panorámica excepcional del puerto y los edificios de Lehen.

— Te cansaste, debilucha ? — Me buscó.

— Yo no soy tan flaquita como tú.— Me defendí.

Nos quedamos allí. Por momentos llovía y de a ratos el sol era intenso, pero no nos afectaba.

Hablamos. De su idea de emigrar a Islas Castigadas. De su tío Mobad y de mi tía Maite. De lo que nuestras madres habían dicho sobre las opciones. De mis viajes y de los suyos. De mi abuela y el Círculo. De mi amiga Hagora y de sus amigas en Lehen.

Al bajar el sol, volvimos a zambullirnos y a nadar, desandamos el camino entre las rocas y regresamos a los muelles.

Subimos corriendo las calles escalonadas hasta la casa de Txanona. Estábamos hambrientas. Estábamos felices. Teníamos un plan.



La primera parte del plan funcionó a la perfección. Hablé con mi madre. Le dije que Txanona no conocía Lau, ni Hiru, ni Sexta. Que justamente eran las tres siguientes etapas de nuestro viaje. Que precisamente eran las tres opciones para ella. Que en el caso de que su madre lo autorizara, podíamos invitarla a hacer esas tres etapas con nosotras. Y que teníamos que resolver cómo haría ella para regresar a Lehen. O su

madre iba a buscarla, o volvíamos las tres juntas, o eventualmente ella retornaba sola desde Sexta a Lehen.

Mi madre lo pensó un instante y se mostró dispuesta, obviamente dependiendo de la opinión de Bentaga.

Txanona hizo lo propio cuando su madre llegó, antes de la cena. La tomó del brazo, la llevó a su pieza, cerró la puerta y al rato volvió a abrirla con una enorme sonrisa.

En la cena discutimos los detalles. La planificación de nuestro viaje sufría un ajuste y en vez de pasar tres noches en Lau, las reducíamos a dos. Con ese día ganado, en vez de retornar directo de Sexta a Bosteko, rodearíamos la isla principal para devolver a Txanona. Todas estábamos de acuerdo. A Txanona se le daba una oportunidad de conocer sus tres posibles ciudades de adopción. Mi madre estaba conforme. La madre de Txanona estaba encantada. Nuestro plan funcionaba.



De Lehen a Lau hay cuatro jornadas. Durante la primera, bordeamos la Isla Principal hacia el sur y cruzamos a la isla secundaria, donde no hay ciudades atlanteanas. Además de un pequeño puerto, existen algunas casas grandes como galpones, para que los viajeros pasen la noche. Comimos en el puerto y luego ocupamos uno de esos edificios que sólo tienen camas. A la mañana siguiente, volvimos a embarcarnos y continuamos rodeando la isla. Hicimos una segunda parada para dormir antes de cruzar el mar hacia el Continente del Sur. Llegamos a Lau al atardecer del cuarto día.

Lau es la tercera ciudad más grande de Atlantis, después de Biko y Zazpir. Está construida en la entrada de una bahía. Es hermosa, al estilo de Lehen, no tan esplendorosa, pero más grande.

Nos alojamos en la *Eskuela* de Astronomía de la ciudad. Eran habitaciones reservadas para estudiantes que realizan pasantías, pero mi madre consiguió autorización para ocupar una de ellas por dos noches.

Txanona se veía contenta. Sabíamos que la segunda parte del plan podía o no tener éxito. Pero igual íbamos a disfrutar del viaje. Mi madre tenía la posibilidad de aprovechar las estadías para presentarse como Sacerdotisa. Txanona y yo podíamos recorrer solas todo lo que nos interesara en Lau. Ella y mi madre se llevaban muy bien. Aunque hacía seis días que nos habíamos conocido, parecía que hiciera años.

En la mañana, fuimos las tres a conocer la ciudad. Mi madre nos mostró los edificios más importantes y nos indicó cómo volver a la *Eskuela* de Astronomía. Luego de almorzar, ella se dirigió a la Alta *Eskuela* y nosotras a la plaza principal de Lau, donde asistimos a un juego de pelota. En las gradas, muchos espectadores se entusiasmaban con el juego. Nosotras nos dedicamos a observar a la gente, a entender lo que gritaban, a criticar cómo estaban vestidas y a intercambiar impresiones sobre las cualidades masculinas de los jugadores. Nos reímos mucho.

De allí caminamos hacia el puerto de Lau, y estuvimos largo tiempo atendiendo el movimiento de los barcos y las mercaderías que se cargaban y descargaban.

Txanona estaba pensativa.

— Flaquita, estás callada.



Ella me miró un instante, sus ojos verdes brillaban con la puesta de sol.

— Muchas gracias debilucha.— Respondió tras una pausa — Nunca voy a olvidar lo que estás haciendo por mí.

— El gusto es mío.— Aclaré sin mentir.— Volvemos ?

— Mañana vamos a Hiru.— Dijo ella señalando al norte.

— Mañana vamos a Hiru.— Confirmé sonriendo.



El cruce desde Lau a Hiru fue complicado. Con tiempo favorable podría hacerse en una jornada, pero llovía y teníamos viento en contra. El barco llevaba además una carga imprevista. Nosotras tres. Mi madre se ofreció varias veces para turnarse en los remos pero fue en vano. Las parejas de remeros están sumamente acostumbrados el uno al otro y detestan tener que experimentar con una pareja nueva. No sólo nos mojamos los nueve a bordo, sino que la lluvia permeó las bolsas de nuestra ropa y de todas las mercaderías que transportábamos. La mínima colaboración que pudimos hacer fue quitar el agua de la *txalupa*, una tarea que nunca se terminaba, dada la cantidad de lluvia que caía.

Hacia el atardecer del segundo día, el viento y la lluvia amainaron. Aún estábamos lejos de Hiru. Los remeros estaban agotados. Hicimos una larga parada en el medio del mar para descansar. Era de noche cuando recién tuvimos un débil viento favorable. El barco sin remos avanzaba lento, aún no divisábamos Hiru y no se veían las estrellas.

Normalmente los barcos atlanteanos no navegan en noches nubladas. Sin estrellas es imposible tener certeza de la dirección. Todos estábamos desalentados y empezábamos a tener frío. No teníamos ropas ni mantas secas para abrigarnos.

Uno de los remeros, un joven de unos veinte años, trepó por el mástil y se encaramó en el palo horizontal que sostiene la vela observando la negrura del horizonte. En un momento gritó: "Veo luz !" y le pidió a su pareja que aceptara remar con mi madre. Nosotras no lográbamos ver luz alguna. Mi madre tomó su puesto en el banco y volvimos a movernos. Nuestro vigía de las alturas daba indicaciones. Después de un rato pudimos notar un débil resplandor en el horizonte. El vigía descendió deslizándose del mástil y retomó su puesto desalojando a mi madre.

Pasada la medianoche atracamos en Hiru. Cargamos con los bolsos empapados hacia la *etxea* de la abuela. Ella ya había sido informada de que Txanona viajaba con nosotras. Afortunadamente tenía ropa seca para las tres y camas para recuperarnos. Estábamos exhaustas.



A la mañana siguiente, tuvimos algunos contratiempos. Dormimos hasta tarde y al levantarnos, la abuela no estaba. Habíamos perdido una oportunidad y quedaba poco tiempo del día. Le pedimos a mi madre que nos llevara a la *Biltzara* a hablar con la abuela, pero se negó a hacerlo, alegando que íbamos a encontrarnos con ella en la cena. No podíamos insistir sin descubrir nuestro plan.

Decidimos intentarlo de todas maneras. Le anunciamos a mi madre que salíamos a recorrer Hiru, a lo que no presentó objeciones. Llevé a Txanona directamente a la *Biltzara*. Entramos al Palacio y a cada sacerdotisa que veíamos le preguntábamos por la Sacerdotisa Iruene. Recibimos indicaciones a veces ambiguas o contradictorias, pero al final encontramos a la abuela, registrando inventarios de ánforas de aceite en un almacén.

Ella se mostró algo sorprendida al vernos. Nos abrazó y preguntó si habíamos logrado descansar bien.

— Muy bien abuela, muchas gracias. Y el desayuno que nos dejaste preparado estuvo excelente.

— Me alegro niñas. Estoy ocupada ahora pero más tarde podemos almorzar juntas, os parece ?

— Nos parece excelente abuela ! — Txanona y yo procuramos disimular la enorme alegría que la invitación nos causaba.

Salimos del almacén y caminamos unos pasos por una galería. Luego me detuve, me enfrenté a Txanona y le ofrecí la palma de mi mano. Ella golpeó mi mano con la suya, luego me abrazó con fuerza y sin aviso previo, me besó en la boca.



Nos enfrentábamos a la parte crítica de nuestro plan. Convencer a mi abuela de que era conveniente que Txanona emigrara a Islas Castigadas. Sabíamos que iba a ser difícil.

Teníamos previsto que yo iniciara la conversación. Así lo hice cuando por fin nos sentamos a comer.

— Abuela, Txanona y yo queremos hablar contigo. Es sobre nuestra decisión como *hamabineskak*.— Empecé.

— Muy bien, niñas, me parece importante. Adelante. Os escucho.

— Nosotras ...— me di cuenta que las palabras no me salían fácilmente — nosotras sabemos que el Círculo tiene planes.

La expresión de la abuela cambió rápidamente de la complacencia a la sorpresa. Y de la sorpresa a la seriedad.

— Qué es lo que sabéis, niñas ?

— Nosotras sabemos que al Círculo le interesa mucho que nosotras vayamos a Sexta.— Dije rápidamente.

La abuela nos miraba con curiosidad y preocupación. Sentí que Txanona estaba nerviosa. Evité mirarla.

— Continúa Itahisa, a dónde quieres llegar ?

— Tenemos que tomar una decisión muy importante para nuestras vidas, abuela. Y queremos saber exactamente qué se espera de nosotras.

La abuela arqueó sus cejas y acarició sus grises cabellos.

— Está bien, niñas. Está muy bien. Lo primero que debo deciros es que nadie, ni vuestras madres, ni yo, ni el Círculo, podemos tomar una decisión por vosotras, — algo dentro de mi pecho volvía a su lugar.— ni imponeros una opción. Solamente podemos ... orientar, dar nuestras opiniones y ofrecer nuestras recomendaciones. Cuando cada una de vosotras tome su decisión, os brindaremos todo nuestro apoyo.

Txanona y yo simplemente asentimos. Cruzamos nuestras miradas.

La abuela continuó.

— Existe una antigua Confraternidad de Sacerdotisas que nació en Hiru hace cuarenta y cinco años y que se ha extendido a las siete ciudades de Atlantis, que llamamos el Círculo. No es la única confraternidad. Hay otras que surgieron en Lehen, en Biko y en Zazpir, pero el Círculo es la más antigua y más extendida. El propósito inicial de una confraternidad es dar apoyo a las sacerdotisas jóvenes, continuar su formación, transferir conocimientos y memoria desde las sacerdotisas mayores a las más nuevas. Con el tiempo, al interior de las confraternidades se van formando y compartiendo opiniones sobre cómo se deben resolver algunos problemas en las ciudades, y asimismo, ideas sobre el futuro de Atlantis. Estoy siendo clara niñas ?

— Sí, Sacerdotisa Iruene.

— Sí, abuela.

— Bien. Entonces las confraternidades se proponen objetivos. Y para que estos objetivos puedan cumplirse es importante obtener apoyos en cada una de las siete ciudades. Porque puede pasar que muchas sacerdotisas, sean o no de otras confraternidades, no compartan esos objetivos y no los apoyen, se entiende ?

— Sí abuela.

— Se entiende Txanona ?

— Sí Sacerdotisa Iruene. Y para ello se necesitan mayorías en las *Biltzarak*.— Se adelantó.

— Es correcto.— La abuela sonrió — Las decisiones en Atlantis se toman en cada ciudad por mayoría en cada *Biltzara*. Y acá estamos llegando al punto. Quizás sea un poco difícil de entender ...Cuál es el problema con Sexta ? El problema con Sexta es que está mal gobernada. La Alta Sacerdotisa Guaxara y el grupo que la apoya está ... digamos ... haciendo las cosas mal, muy mal, en Sexta. En la *Biltzara* de Sexta el Círculo tiene mucha fuerza, pero no la mayoría. Vosotras tenéis que saber que estamos enfrentadas a la Alta Sacerdotisa Guaxara y que estamos procurando que renuncie, para que cambie la forma de gobernar en Sexta. Me habéis comprendido hasta ahora ?

— Sí Sacerdotisa Iruene. Lo que no comprendemos es cómo entramos nosotras en eso.

— Ese es el punto, niñas.— La abuela hizo una pausa.— Vosotras sabéis que las *hamabineskak* son presentadas en su nueva ciudad en una fiesta de Recepción. La

tradicción de Atlantis otorga a cada Sacerdotisa, en función de su rango, el orden de prioridad para adoptar. Eso quiere decir que las Sacerdotisas con mayores *klanak* serán las primeras en elegir, tendrán chance de elegir entre todas las *hamabineskak*. Las que sigan en ese orden podrán elegir a quién adoptar entre las que vayan quedando. Bien. Por otra parte, las sacerdotisas de mayor jerarquía en Sexta no son del Círculo. Ellas serán las primeras en elegir *hamabineskak*, pero estamos seguras que no os adoptarán a vosotras.

Esta última afirmación me resultó incomprensible pero la abuela hizo una seña para que la dejáramos continuar

— Por qué estamos seguras ? Por dos motivos. Porque ellas nunca eligen *hamabineskak* de Bosteko ni de Hiru, lo que es tu caso, Itahisa. El segundo motivo es que ellas nunca elegirán *hamabineskak* que luzcan nuestro aro de plata. Tenemos certeza que las Sacerdotisas de mayor jerarquía de Sexta ni siquiera os harán preguntas en la fiesta de Recepción. Por ese motivo, al llegar el turno de elegir a nuestras hermanas, vosotras estaréis disponibles. Ellas podrán y querrán adoptaros. Porque es un beneficio para todos. Porque seréis adoptadas en un *Klan* que las tratará estupendamente, ahí la ventaja para vosotras. Y porque al ampliarse el *Klan* de nuestras Sacerdotisas hermanas, ellas accederán a una mayor jerarquía en ciudad Sexta. Y en definitiva, es un beneficio para nosotras, para el Círculo, porque vosotras estaréis en *klanak* prestigiosos y los *klanak* prestigiosos nos darán más influencia en Sexta. No estoy segura de haberlo explicado bien, niñas.

Yo sentí que el orden volvía a mi cabeza. Todo encajaba. Observé que Txanona no parecía muy tranquila. Hasta que se animó a preguntar.

— Y no ocurre lo mismo en otras ciudades ?

La abuela sonrió nuevamente.

— Claro. Qué tonta ! No expliqué eso. Veamos. No ocurre que otra ciudad esté mal administrada como Sexta. No ocurre que en otra ciudad queramos la renuncia de Alta Sacerdotisa como en Sexta. No ocurre en otra ciudad que las sacerdotisas de mayor jerarquía se nieguen a adoptar *hamabineskak* de Hiru o Bosteko o de otra ciudad. Y no ocurre en otra ciudad que nuestras Sacerdotisas hermanas estén cerca de obtener la mayoría en la *Biltzara*. Porque en las demás ciudades, o ya tenemos mayoría, o estamos lejos de tenerla.

— Y en cuáles otras ciudades es probable que seamos adoptadas por Sacerdotisas del Círculo ? — Me pareció importante preguntar.

— Es seguro en Hiru, pero tú no vendrás a Hiru, Itahisa. Es seguro en Sexta, por los motivos que ya expliqué. Es seguro en Bosteko, si Txanona eligiese Bosteko. Es bastante probable en Lehen para ti, Itahisa. Hay buenas probabilidades en Lau para ambas. Y es casi imposible en Biko y en Zazpir.

— No hay otras opciones ? — Txanona encontró el pie para su propósito.

— Otras opciones ? Qué quieres decir ?

— Otras opciones además de las siete ciudades.— Siguió buscando Txanona.

— Como por ejemplo ? — La abuela la miraba con curiosidad.

— Como por ejemplo Islas Castigadas.

Pude ver en la mirada de la abuela un instante de horror. Quedó rígida. Luego se aflojó.

— Qué sabes de Islas Castigadas, Txanona ?

— Algunas cosas.— Txanona dudaba qué parte del secreto era razonable admitir.

— Dime lo que sabes por favor.— Pidió mi abuela con tono de autoridad.

— Sé cosas que no debería saber, Sacerdotisa Iruene.

— Entiendo. No te estoy preguntando cómo lo sabes. Te estoy preguntando qué sabes.

— Sé que se está construyendo un puerto. Sé que allí hay tres veces sesenta atlanteanos.

— Qué más ?

— Nada más, Sacerdotisa Iruene. Pero entiendo, o supongo, o me imagino, que existe un proyecto de construir una ciudad allí.

— Y tú ... estás diciendo que te interesaría emigrar a Islas Castigadas ?

— Sí, Sacerdotisa Iruene.

— Dime por qué, niña, se te ha ocurrido tan alocada idea.

— Porque ... porque ... me gustaría ir a un lugar ... donde está todo por hacerse. Donde todo está para ser construido.

— Es un propósito noble, Txanona. Muy noble. Pero temo que no tienes idea de lo arriesgado y peligroso de tu propósito.

— Creo tener una idea, — interpuso atrevidamente mi amiga — pero seguramente usted podría ilustrarme y orientarme mejor que nadie, Sacerdotisa Iruene.

— Bien. Te diré en principio algo que supongo que ya sabes. Las Islas Castigadas están a veinte jornadas de Lehen. No hay barcos que vayan y vuelvan en pocos días como entre cualquier par de ciudades de Atlantis. Ni siquiera que vayan y vuelvan en cuarenta días. Cruzar el mar es un viaje muy riesgoso y sólo se hace en flotillas de a diez o quince barcos, una o dos veces en el año. Han muerto muchos expertos navegantes y hemos perdido muchas *txalupak* yendo o viniendo de Islas Castigadas. Si tú lograras llegar allá, perderías comunicación con tu madre, con tus amigas y con cualquiera de nosotras. Un mensaje o un regalo que quisiéramos mandarte o tú quisieras enviarnos, podría demorar un año en llegar. Estás entendiendo bien ?

— Sí. Pero ...

— Déjame seguir. Hay otros problemas muy importantes. No hay *Eskuelak* en Islas Castigadas. No podrías cursar las Doce Ciencias y no podrías llegar a Doctora. Luego, nunca podrías ser Sacerdotisa.

— Sí. Pero ...

— No terminé. De los tres veces sesenta residentes en Islas Castigadas, la abrumadora mayoría son hombres. Hay allá sólo diez o doce mujeres. Todas ellas son mayores de treinta años. Tú tienes once años Txanona, doce el año entrante. No habrá nadie de tu edad, ni siquiera hombres de tu edad. Además, en el viaje no podrás remar. Serás una carga en el barco durante veinte jornadas.

— Sí. Pero ...

— Déjame terminar Txanona, y piensa bien lo que te estoy diciendo. Tú entiendes qué implica vivir en un lugar donde hay una relación de veinte hombres por cada mujer ? Quiere decir en principio que las mujeres como grupo están en amplia desventaja para hacerse respetar como corresponde a una mujer atlanteana. Y finalmente, por favor entiende bien esto Txanona. Una relación de veinte hombres por cada mujer, probablemente, significará que tendrás que complacer con tu cuerpo, con tu *natura*, a veinte hombres. Y te puedo asegurar, Txanona, que no te gustará eso. Pasarán muchos años antes que puedas sentirte bien teniendo que satisfacer a veinte hombres. Demuéstrame, por favor, que has entendido lo que te he dicho.

— Lo he entendido, sacerdotisa Iruene.— Txanona se mordía los labios. Y evitaba mirarme. Obviamente estaba atormentada.

— Ahora yo te escucho.

Txanona permaneció en silencio. Entonces intervine.

— Abuela. Puedo hacerte unas preguntas ?

La abuela me miró aterrada.

— Tú también quieres ir a Islas Castigadas, Itahisa ?

— No abuela.

Ella suspiró ruidosamente, aliviada.

— Me alegro. Te escucho, Itahisa.

— Está claro que no hay *Eskuelak* en Islas Castigadas. Pero, en tres veces sesenta residentes, no habrá *Maisuak* de las Doce Ciencias ?

— Seguramente que sí. Sin duda, Itahisa.

— No hay alguna Doctora entre las mujeres ?

— Claro que sí. La mayoría son Doctoras.

— No hay entre las mujeres una Sacerdotisa ?

— Por supuesto. Hay dos Sacerdotisas. Hermanas del Círculo.

— Entonces, abuela, Txanona podría aprender las Doce Ciencias con los *Maisuak*, o con las Doctoras, o con las Sacerdotisas Hermanas.

— Sí Itahisa, pero si no hay *Eskuelak* ...

— Suponiendo que Txanona estudia allá las Doce Ciencias, no podría ella volver al cumplir los treinta años aquí a Hiru, o a otra ciudad, y demostrar sus conocimientos para obtener sus doce *Maisutzak* ?

Mi abuela quedó un instante pensativa.

— Entiendo lo que dices, Itahisa. Sería algo absolutamente excepcional. Aunque te acepto que sería posible.

Los ojos verdes de Txanona se agrandaron y me regalaron agradecimiento.

— Tengo otra pregunta, abuela.

— Dime.

— En este momento hay tres veces sesenta residentes. Cuántos calculas que habrá dentro de dieciocho años ?

— No lo sé Itahisa. No puedo ver el futuro. Pero puedo estimar que en dieciocho años habrá cerca de una carrera de residentes en Islas Castigadas.

— Y una carrera de gente ...— medí mis palabras — no sería ya una ciudad ?

— Es posible, Itahisa. Es posible.

— Y para ser ciudad, tiene que tener las Doce *Eskuelak* y también la Alta *Eskuela*, no ?

Mi abuela me miró sorprendida. Luego se rió.

— Tienes razón, Itahisa.— Respondió.

Txanona me observaba fascinada.

— Tengo otra pregunta, abuela.

— Tu amiga te preparó las preguntas? O se te están ocurriendo ? — Dijo mi abuela sonriendo.

— Algo hablamos.— Admití.— Por eso vinimos contigo, abuela. Estábamos seguras que tú podrías darnos las respuestas.

— Mi nieta es una abogada brillante ! — Festejó mi abuela.— Sabes lo que es una abogada, Itahisa ?

— No.

— No importa. Venga tu pregunta.

— Supongamos que Txanona decide de todas maneras ir allá. Los hombres y mujeres ... que no esperan ver allá a una *hamabineska* ... no tendrían un cuidado especial con ella ? No cuidarían que no tuviera ... necesariamente ... que atender a varios hombres como las mujeres adultas ?

— Nuevamente tienes razón, Itahisa.

A Txanona no le cabía la sonrisa en su cara. Acercándome a ella, le ofrecí mis manos. Las presionó con fuerza. Me volví a sentar.

— No tengo más preguntas, abuela.



Tras habernos alejado un par de campos del Palacio de la *Biltzara* de Hiru, Txanona se detuvo y me abrazó durante mucho tiempo. Pude ver sus ojos verdes empañados de lágrimas.

— Qué te pasa flaquita, que estás llorando ? — Le dije en tono burlón.

Ella demoró en reaccionar. Luego imitando la postura, el tono y la forma de hablar de mi abuela, actuó:

— Mi amiga es una abogada brillante. Sabes lo que es una abogada, Itahisa ?

Su imitación fue excelente. Me empecé a reír. Ella se contagió. Nos reímos durante un buen rato sin poder parar.



A la mañana siguiente embarcamos hacia Sexta. Afortunadamente toda nuestra ropa se había secado y pudimos empacarla. La abuela nos acompañó al muelle.

Antes de despedirnos, tomó un par de bolsitos y nos los regaló a Txanona y a mí. Los abrimos. Dentro había otra bolsa plegada, de aspecto desagradable. No entendíamos qué era aquello. La abuela explicó que eran estómagos de oveja. Algo muy útil para los navegantes.

— Es una bolsa impermeable. Sirve para mantener tu ropa seca en un barco. Y en caso de tormenta, soplas dentro de ella para llenarla de aire, haces un fuerte nudo y te lo atas a la cintura. Si caes al mar, te mantendrás a flote sin necesidad de nadar.

Cuando abrazó a Txanona, le dijo:

— Si sigues hasta el final con tu loca idea, niña, dile a tu madre que debo hablar con ella, entendido ?

— Claro, Sacerdotisa Iruene. Muchas gracias.

Y al abrazarme, me recomendó:

— Aprovecha tu visita a Sexta, Itahisa. Aprovéchala bien.

— Sí, abuela. Lo haré.

El barco en el que fuimos de Hiru a Sexta era de los más grandes. Sus medidas eran de unos cinco pasos de ancho y veinte de largo. Más del doble que las de una *txalupa* común. Portaba una vela enorme de ocho pasos de lado y seis pares de remeros. En el centro tenía bancos para pasajeros. Además de nosotras tres, iban otras ocho personas. En total éramos veintitrés a bordo.



A pesar de su gran tamaño, se desplazaba a la misma velocidad que cualquier barco. Aun con poco viento, viajamos toda la mañana en dirección a Sexta sin remos.

Txanona y yo hablamos poco durante el viaje. Ambas teníamos mucho que pensar. Debíamos revisar nuestras decisiones con la gran cantidad de información que habíamos cosechado en Hiru.

De mi parte, me estaba inclinando por Sexta. Aun antes de poner un pie sobre ella. En Sexta seguramente iba a tener un buen *Klan* de adopción. Era una ciudad pequeña, con "mucho por construir". El Círculo iba a respaldarme. Pero lo que más me empujaba a Sexta era su ubicación. A dos jornadas de Biko, a escasa media jornada de Hiru y a dos jornadas de Bosteko. La tía Maite en Biko. La abuela en Hiru. Y la casa de mi madre y mis hermanos en Bosteko.

Me preguntaba qué habría querido decir mi abuela con su recomendación. "Aprovechala bien". Qué podría yo hacer para aprovechar dos días en Sexta ? Si no conocía a nadie allí. Iríamos a la plaza principal, la *Biltzara*, algunas *Eskuelak*, conoceríamos el puerto ... edificios ... que no me parecerían interesantes comparados con los de Biko o Lehen. "Aprovechala bien". Acaso iríamos a conocer las sacerdotisas hermanas en Sexta ? Una de ellas sería mi madre adoptiva. Mi futura madre. Y si me gustaba una de ellas y no terminaba siendo mi madre ? Y si justamente mi futura madre no se encontraba en Sexta aquellos días ? No me parecía sensato aquello como un plan para "aprovechar bien" mi primera visita a mi futura ciudad de adopción...

— Qué piensas, Itahisa ? — Me interrumpió mi madre de vientre.

— Qué haremos en Sexta, madre ? Digo ... dónde vamos a alojarnos ?

— Probablemente en la *Eskuela* de Astronomía, igual que hicimos en Lau.

— Iremos a conocer sacerdotisas ?

— No. Itahisa. No voy a presentar *hamabineskak* antes de tiempo. Sabes que no haría eso.

— Qué tienes planeado entonces ? — Intervino Txanona en mi ayuda.

— Ya verán chicas. Les mostraré algunas cosas de Sexta que las dejarán impresionadas.— Respondió mi madre para provocarnos curiosidad.

— Cosas ? como ...

— Ya verán. No se impacienten, en cuanto baje el sol, estaremos llegando.



Lo primero que nos impresionó de Sexta fue el puerto. No por su tamaño, ni por su cantidad de barcos, ni por su gente. El puerto de Sexta estaba lleno de basura. El olor nauseabundo de alimentos en mal estado se sentía desde el mar. En los muelles se veían algunos animales muertos, cubiertos de moscas. Aquí y allá montañas de frutas podridas, y una cantidad incontable de ratas. Los trabajadores del puerto caminaban entre la basura y las ratas, como si no existieran.

Mi futura ciudad no podía haberme dado una peor impresión. Mi estómago se descompuso. Txanona me miraba apenada. Desembarcamos y salimos lo más rápido que pudimos de aquellos muelles. Las calles, parecidas a las de Bosteko, no estaban sucias como el puerto. Empezaba a oscurecer.

La segunda cosa que llamaba la atención era que la gente caminaba con lámparas en la mano. En ninguna otra ciudad sucedía eso. Le preguntamos a mi madre y ella nos dijo que observáramos las lámparas en las calles. Las buscamos y no estaban. Había postes de lámparas, pero sin lámparas.

Aquello era insólito para nosotras.

— Y por qué la gente no deja las lámparas en los postes ?

— Porque escasean las lámparas en Sexta.— Aclaró mi madre — Es difícil conseguirlas y si te consigues una, no quieres desprenderte de ella.

Aun más insólito. Cómo podría ser que escasearan las lámparas ?

Llegamos a la *Eskuela* de Astronomía a los tropezones. No teníamos lámparas y había poca luna. No podíamos ver por dónde caminábamos. Para nuestro alivio, dentro del edificio todos los salones y galerías estaban sorprendentemente, es decir, normalmente, iluminados.

Dejamos los bolsos en una habitación de estudiantes y fuimos a un salón comedor. Nos servimos comida y nos sentamos.

Mi madre nos preguntó sonriendo.

— Algo que les haya impresionado, chicas ?

— Esta ciudad es un asco.— Sentenció Txanona.

No pude menos que estar de acuerdo con ella. Luego pregunté.

— Puedes explicarnos por qué escasean las lámparas ?

— Lo intentaré, aunque también a mí me resulta difícil de entender. Cada ciudad de Atlantis tiene sus producciones. Y cada ciudad tiene algunos productos que se llaman excedentes. Esto quiere decir que se tiene de un producto más de lo que la ciudad necesita. Bien. Qué hace con ese producto ? Lo intercambia con otras ciudades. Los excedentes son distintos en cada ciudad. Por ejemplo Bosteko tiene excedente de lana y Biko tiene excedente de aceite. Entonces Biko y Bosteko acuerdan un intercambio de lana por aceite. Se acuerdan lo que se llaman términos de intercambio. O sea, cuánto aceite tiene que enviar Biko para que Bosteko envíe un barco de lana. Se entiende ?

— Sí.— Contestamos al unísono.

— Bien. Acá viene lo difícil. Sexta tiene sus excedentes en adoquines, tinturas, mejillones y pescado. Y demanda cobre y estaño de Zazpir. Zazpir es la única que tiene excedentes de cobre y estaño, y son suficientes para abastecer a todas las ciudades. Cobre y estaño son los metales que se utilizan para fundir bronce. El bronce es el material con el que se hacen los cuchillos, las hachas, las palas, los arpones, las ollas, los calderos y las lámparas. Hace muchos años Sexta hizo un acuerdo con Zazpir de

cobre y estaño a cambio de adoquines y tinturas. Con el tiempo se dieron cuenta que el acuerdo les era desfavorable. O bien, que no lograban cumplir con su parte, en proporción a la demanda de metales que la ciudad requería. En Zazpir se han negado a revisar el acuerdo, porque estiman que en Sexta se podría incrementar la producción de adoquines y tinturas. Es probable que la *Biltzara* de Zazpir tenga razón. Por eso Sexta tiene escasez de bronce. Lo consume prácticamente todo en cuchillos, palas, hachas y arpones. Y no alcanza para lámparas. Hace años que no se fabrican lámparas en Sexta. También escasean las ollas y los calderos de bronce. La mayoría de las lámparas actuales, como estas que ven aquí, han sido traídas por la gente de Sexta desde otras ciudades.

— Y ... cómo se puede solucionar ? — Pregunté con cierta desesperación.

— Ya lo sabes, Itahisa. Hay que ganar la mayoría en la *Biltzara* de Sexta.— Dijo Txanona.

Mi madre se rió.

— En realidad no sería necesario esperar a eso. Una solución podría ser que mejorara la producción de tinturas y adoquines. O que se incorporara otro producto excedente al intercambio con Zazpir. O que en Zazpir se apiadaran de los pobladores de Sexta y aceptaran modificar el acuerdo de intercambio. Txanona tiene razón en que cualquiera de esas opciones son poco probables con la actual administración de Sexta.

— Y la basura en el puerto ? — Pregunté.

— El problema no es qué hacer con ella. Eso es fácil. Se trata de hacer un pozo fuera de la ciudad y verterla. El problema es que no se vuelva a producir.

— Pero ... se volvería a producir ?

— Seguramente. Sexta está recibiendo más frutas de las que es capaz de consumir. Es un problema similar, pero al revés. En este caso con Bosteko.

— Estamos enviando nuestra fruta para que se pudra ! — Exclamé horrorizada.

— Así es, Itahisa. Lamentablemente así es. Incluso hace tiempo que estamos enviando menos fruta de la que tenemos acordada. Aun así, a veces sucede que se termina estropeando en el puerto de Sexta.

Al día siguiente salimos a pasear por las calles de Sexta. A la luz del día y sin pasar por el puerto, parecía una ciudad normal.

Mi madre nos guió hacia una colina. De un lado, en suave pendiente hacia el mar y hacia la ciudad, nos mostró una cantidad de campos, delimitados por calles, sin una sola casa construida. Esos campos estaban planificados para el crecimiento de la ciudad. Pero Sexta no había crecido como estaba previsto. Durante los últimos quince años estaban llegando a Sexta menos *hamabineskak* que a otras ciudades. O menos de las que serían esperables, dado que Sexta no gozaba de gran prestigio en Atlantis.

Pensé que ello podría ser un problema Si las *hamabineskak* nacidas en Sexta debían marcharse y no venían suficientes de otras ciudades, probablemente hubiera menos mujeres jóvenes que hombres jóvenes. Transmití esa duda a mi madre.

— Es correcto, Itahisa. Sígueme. Voy a mostrarles la perversa solución que esta ciudad ha dado a ese problema. Debo advertirles que voy a mostrarles lo más horrible de Sexta.

Nos preparamos mentalmente para algo más nauseabundo que la basura del puerto. Siguiendo los pasos de mi madre, dejamos atrás los campos delimitados, donde las *etxeak* nunca se habían construido. Cruzamos un pequeño bosque y nos encontramos en la otra ladera de la colina, con pendiente hacia el mar y hacia el este, de espaldas a la ciudad. Mi madre se detuvo y ordenó ocultarnos tras unos arbustos.

Colina abajo había un lujoso palacio rodeado de bellísimos jardines. En ellos se veía trabajando a varios hombres ... con la particularidad de que lo hacían sin ropa alguna.

Para los atlanteanos bañarse desnudos en los ríos y en las playas es lo habitual. Adultos, ancianos, jóvenes y niños nos quitamos la ropa en los lugares de baños, incluso bajo la lluvia en el exterior de nuestras casas. Pero no es común que alguien esté trabajando o vaya por la calle desnudo. Hombres y mujeres nos vestimos con faldas o bombachos bajo la cintura, y con túnicas o camisas holgadas, llamadas *brusak*. Si hace calor los hombres suelen trabajar con el torso desnudo, pero no las mujeres.

A Txanona y a mí nos parecieron interesantes los trabajadores del palacio.

— Esto es lo más horrible de Sexta ? No me parece desagradable. Ni el palacio, ni los jardines, ni los jardineros.— Dijo Txanona riéndose.

Mi madre no parecía dispuesta a compartir las apreciaciones de mi amiga.

— Lo que estamos viendo es el Club de Sacerdotisas de Sexta. Es la residencia de la Alta Sacerdotisa Guaxara y de sus colaboradoras más próximas. Buena parte de los materiales que deberían haber sido destinados a la Ciudad, se han utilizado para construir este Club. Pero eso no es todo. Lo más grave es que aquí trabajan muchos jóvenes varones de Sexta, dos veces sesenta jóvenes. A quienes no se les ha obligado a cumplir el Servicio Naval. No han ido a las *Eskuelak*. Solamente están al servicio de Guaxara y de las sacerdotisas que viven o vienen con frecuencia a este palacio. Ellos cuidan los jardines, mantienen limpio y aprovisionado el Club y están a disposición para complacer a las sacerdotisas en lo que ellas dispongan.

Txanona y yo nos miramos sorprendidas. La idea de tener dos veces sesenta sirvientes nos resultaba asombrosa, desmesurada, un poco desquiciada tal vez y al mismo tiempo había algo fantástico en ella. En alguna medida, el lujo de aquel Club de Sacerdotisas nos parecía envidiable.

En ese momento vimos salir del palacio a una mujer, seguida por tres hombres. Ella llevaba un paño en los hombros como toda vestimenta. Avanzaron por el jardín hacia un claro de césped. Uno de los sirvientes extendió una tela en el piso y la mujer, quitándose la única prenda de ropa, se recostó en ella. El segundo portaba una gran ánfora. Y el tercero un recipiente pequeño cuyo contenido volcó cuidadosamente sobre el cuerpo de la Sacerdotisa. Parecía aceite. Luego dos sirvientes se arrodillaron a ambos lados y procedieron a extender suavemente el aceite por todo su cuerpo, desde la cara a los pies.

— Es vergonzoso, — estalló mi madre en furia — es una vergüenza para Atlantis, es una afrenta a todas y todos los atlanteanos, es una ofensa a Ama, a Elkar y a Egu. Vámonos !

Entendimos que no era buen momento para bromas o comentarios sobre lo que habíamos visto. Desandamos el camino. Sin duda mi madre había acertado al anunciarnos que veríamos cosas impresionantes en Sexta.



Hacía calor y fuimos por un baño a la playa, para lo que tuvimos que atravesar la ciudad. La playa era muy grande, de arena amarillenta y pequeñas olas. En la orilla, el mar tenía un color verde intenso, como los ojos de Txanona. A mayor profundidad tornaba al azul, como los ojos de casi todos los atlanteanos. Estaba exquisito y refrescante, e invitaba a quedarse. Mi madre volvió a la arena, y Txanona y yo nos quedamos un rato nadando. Ella era mejor nadadora y no me preocupé en intentar seguir su ritmo. Me detuve y quedé esperando a que se cansara de nadar.

— Qué cantidad que nadas, debilucha.— Me dijo al volver.

— Era una competencia ? A quién le ganaste ? — Devolví el sarcasmo.

— Ahora ...— puso una sonrisa pícaro — voy a acostarme al sol y le voy a pedir a mis sirvientes que me unten aceite por todo el cuerpo.

Me reí de su ocurrencia.

— No me parece que encuentres a los sirvientes.— Actué revisando la escasa concurrencia masculina en la playa.— Vamos a tener que irlos a buscar.

— Es por eso que tú quieres venir a Sexta. Ahora entiendo !

— Pero ... claro ! ... no lo sabías ? — Le seguí la corriente.

— Tienes suerte que tu madre no va a estar cerca.

— Por qué ? — Me imaginé a dónde iba.

— Sabes lo que diría ? — Imitó a mi madre.— Esto es una vergüenza, una afrenta para todos los atlanteanos, una ofensa para ...

No la dejé terminar. Usando mis brazos y manos como remos, empujé agua hacia la cara de Txanona. Ella tragó agua salada y tosió. Me reí. Tardó poco en reaccionar y devolverme el golpe. Continuamos arrojándonos olas de agua, hasta que ella intentó sujetarme las manos. El juego devino en tratar de hacer caer a la otra. En esto me fue mejor, porque ella era liviana y me resultaba fácil hacerle perder pie. Podía levantarla con mis brazos y soltarla de cabeza hacia al agua. Txanona volvió a tragar y a toser. Me pidió clemencia con su mano y fuimos hacia la arena, sin parar de reírnos.

Almorzamos en la playa. Solamente frutas, para hacer nuestra modesta colaboración a disminuir la sobreabundancia de frutas de Sexta. De tarde, dimos un paseo por las canteras y los cultivos de la ciudad, que quedaban cerca de la playa. Mi madre nos llevó a conocer las *Eskuelak* de Cultivo y de Construcción, y allí nos presentó a Doctoras y *Maisuak*, quienes podrían llegar ser mis profesores en el futuro.

Más tarde regresamos a la playa por otro baño. Esta vez había más gente. La playa de Sexta se orienta al oeste y puede verse la puesta de sol sobre el horizonte. Llegó un

grupo de músicos jóvenes con sus tambores y se acercó más gente aun. Tocarón sus ritmos y algunos jóvenes empezaron a bailar.

Nos sumamos. Las tres. El sol se ocultó, pero los ritmos y las danzas no pararon. Aún llegaba gente con sus lámparas. Alguien hizo un fuego en la arena y sobre él pusieron a cocinar mazorcas de maíz.

Continuamos bailando hasta que nos dolieron las piernas.

La noche era hermosa aunque sin luna y no teníamos chance de volver a la *Eskuela* porque carecíamos de lámparas. Recién a medianoche nos sumamos a un grupo de estudiantes de Astronomía. Y pudimos regresar con ellos. Nos dejamos caer en las camas, rendidas de cansancio, felices.

Me desperté y vi que mi madre no estaba. Txanona dormía, su delgado cuerpo enrollado como un ovillo. Noté que el sol estaba alto. Recordé las palabras de mi abuela: "aprovecha bien", pero juzgué que el día anterior había sido suficientemente aprovechado. Giré sobre mi cama, cubrí mi cara y seguí durmiendo.

En la tarde hicimos el típico recorrido por el centro. La *Biltzara* de Sexta era parecida a la de Bosteko. Nuevamente fuimos a la playa al atardecer. Esta vez no pudimos quedarnos a la puesta de sol y el baile nocturno, porque teníamos que levantarnos muy temprano al día siguiente.

Debíamos partir hacia Lehen a dejar a Txanona. En dos días íbamos a despedirnos.

Y probablemente nunca nos volveríamos a ver.



La tercera parte del plan era complicada.

De regreso a Bosteko fui a lo de mi amiga Hagora. Le relaté todos los sucesos del viaje, omitiendo algunos detalles. Le conté de Sexta enfatizando lo bello de su playa y minimizando lo espantoso de su puerto. Yo sabía que Hagora estaría dispuesta a irse conmigo, porque ella no conocía gente en otras ciudades, ni siquiera había salido de Bosteko. Deseaba ir a la misma ciudad que yo y me aseguró que así lo haría.

Ambas cumplíamos doce en el *neguberri*. Ambas viajaríamos para la fiesta de Elkar.

Unos días después hablé con mi madre. Le confirmé que estaba decidida por Sexta. Ella quedó encantada y me retribuyó con un enorme abrazo. Estaba emocionada. Cuando le dije de mi conversación con Hagora, se puso aun más contenta. Le pregunté si la madre de Hagora pertenecía al Círculo. Me respondió que únicamente las sacerdotisas y estudiantes de la Alta *Eskuela* podían integrarse al Círculo. Y que Vilda aun no había ingresado a la Alta *Eskuela*. Entonces quise saber si tenía planeado invitarla en ese momento y me contestó que seguramente lo haría.

Más tarde, fui sola al puerto. Averigüé por alguna *txalupa* que viajara a Lehen la mañana siguiente. Le transmití un mensaje a uno de los barqueros, junto con un mapa.



Siete días después, al atardecer, volví al puerto. Esperé en el muelle que el barco llegara. El mismo barquero se me acercó y me entregó un paquete.



Para mi cumpleaños, vinieron la abuela y la tía Maite. Me trajeron cantidad de regalos. Vestidos y sandalias la tía Maite, un caldero de bronce el tío Ahar, una lámpara el tío Txoim, una tiara ceremonial mi madre y una pulsera de oro la abuela.

Me hicieron toda clase de recomendaciones. Sobre cómo comportarme en la Ceremonia de Recepción, qué preguntas me iban a hacer y cómo responderlas, cómo manejarme mientras viviera con mi madre adoptiva. Yo las escuchaba.

Me insistieron en la importancia de construir mi *etxea* lo antes posible, qué cuidados iban a ser imprescindibles durante la construcción y cómo debía gestionar los materiales directamente en la cantera si la *Biltzara* de Sexta, como era previsible, no los proveía a tiempo.

Todos estaban contentos, excepto mis hermanos. Era notorio que me iban a echar de menos. Traté de consolarlos prometiendo viajar con frecuencia a Bosteko, aunque en realidad no sabía si eso sería posible.

Hagora tampoco se notaba feliz. Aún se encontraba haciendo mentalmente su duelo de separación. Me apené por ella y traté de animarla. Me sorprendí de mi capacidad de hacerlo. Cuánto había cambiado mi estado de ánimo en los últimos tiempos ! Ya no me sentía atemorizada por dejar mi casa sino, por el contrario, deseaba hacerlo.

Estaba excitada, entusiasmada, ansiosa por iniciar mi nueva vida.

## **La historia de Itahisa continúa en Parte Dos**

<http://itahisa.info/about/parte-dos/>

### **Recursos para el Lector:**

Diccionario de Términos Atlanteanos

<http://itahisa.info/recursos/diccionario/>

Diccionario de Personajes

<http://itahisa.info/recursos/personajes/>

Blog: <http://itahisa.info>

### **Itahisa de Atlantis en Redes Sociales:**

Facebook: <http://www.facebook.com/ItahisaofAtlantis>

Twitter: <https://twitter.com/ItahisaAtlantis>